

Fragmentaciones

Rafael Tovar y de Teresa
PRESIDENTE DEL CONACULTA

JOSÉ FALCONI

Manuel Velasco Coello
GOBERNADOR DEL ESTADO DE CHIAPAS

Juan Carlos Cal y Mayor Franco
DIRECTOR GENERAL DEL CONECULTA-CHIAPAS

Susana del Pilar Utrilla González
COORDINADORA OPERATIVA TÉCNICA

Marco A. Orozco Zuarth
DIRECTOR DE PUBLICACIONES

Fragmentaciones

CH
863M
F35
F73

Falconi, José
Fragmentaciones / José Falconi. — Tuxtla Gutiérrez, Chiapas,
México : Consejo Estatal para las Culturas y las Artes de Chiapas, 2015.
144 p.; 21 cm. (Biblioteca Chiapas. Serie La verde espiga ; 59)

ISBN 978-607-8426-60-7

1. NOVELA MEXICANA — CHIAPAS 2. LITERATURA MEXICANA —
CHIAPAS.



Esta obra recibió el Premio Alejandro Ariceaga para Primera Novela 2009

© JOSÉ FALCONI

D. R. © 2015
Consejo Estatal para las Culturas y las Artes de Chiapas, Boulevard Ángel
Albino Corzo 2151, Fracc. San Roque, 29040, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

publicaciones@conecultachiapas.gob.mx

ISBN: 978-607-8426-60-7

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO

¿En gracia a qué? ¿Para qué? ¿Con qué derecho? ¿En gracia a qué?

MIGUEL DE UNAMUNO, *Del sentimiento trágico de la vida*

Todo quedó como después de la batalla

o de la inundación,

inútil como el llanto

después de la desgracia.

ENOCH CANCINO CASAHONDA, *Tedios y memorias*



I

Su cuerpo y su sueño se movían en una atmósfera envenenada por un olor repulsivo. Estaba marcado por cardenales y costras negras, endurecidas, que olían a metal oxidado. Aunque mal dormía en una plancha de cemento, se sentía yacer sobre un lecho líquido, lo que le daba la sensación de flotar. Muchos años después sabría que esa percepción era la antesala de la muerte y que los lamas tibetanos la llaman *cuna de agua*. Es decir, si no se hubiera despertado en medio de ese sueño en que caía a un abismo cuyo fondo estaba lleno de grandes y afilados pedazos de cristal, en los que seguramente se clavaría para morir, esa madrugada del 8 de febrero de 1972, tal vez en verdad se habría muerto en la oscura y húmeda celda.

II

Húmedos sus cabellos por el sudor y la sangre, como si cada pelo hubiese sido martirizado, lo que era tan sólo una sensación alentada por el exceso de alcohol bebido a pico de botella, porque un custodio de esa cárcel clandestina, con una sonrisa un tanto burlona, les había entregado una botella de pésimo mezcal:

—Órale, pa que se alivianen muchachitos pendejos.

“¿Por qué éstos hasta cuando son cuates son ojetes?”, se preguntó recibiendo el trago, y él y Ramón y Víctor y Polo bebieron con sus labios rotos, no sin dejar de pensar que tal vez estaban siendo envenenados, pero ya qué-ya qué-ya qué, qué putas podían hacer sino esperar que el mezcal sólo, piadosamente, los emborrachara, les quitara el dolor, les hiciera dormir, a pesar de la fiebre provocada por los golpes.

“¡A la chingada las lágrimas! Lo que necesito es dormir un poco”, se dijo y se acomodó lo mejor que pudo sobre la losa de cemento.

Dormir. Cerrar los ojos. Disolverse en la oscuridad.

¿Qué importancia tiene entonces ser santo o demonio?
¿Ser víctima o victimario?

Dormir-volar-soñar.

III

“Hablo porque sé que alguien me oye”, pensó en voz alta en medio de la celda, en medio de la eterna penumbra, porque la celda estaba en un sótano y lo mismo era de noche que de día y habló para sus amigos. ¿Estaban dormidos sobre las planchas pétreas, ellos también vueltos piedra?

—Quiero salir de aquí, marcado para siempre pero con deseos de ir al mundo y morir de amor por una mujer.

”¡Qué ojos tan bellos tienes, mujer que aún no conozco! Ámame un poco, aunque sea una sombra herida rebotando en las lluvias de agosto. Ámame dos veces. Enciende mi fuego.

—¡Cállate, Pepe, estás delirando! ¡Déjanos dormir!

—¡Despierta, Pepe, ya llegamos! Mira cómo se despliegan los campesinos para tomar la tierra: 68 hectáreas de cultivo que el hijo del gobernador quería convertir en un fraccionamiento de lujo que se llamaría Villa de las Flores y que tendría su club de golf. Míralos con sus machetes listos para desalambrar.

A desalambrar, a desalambrar,
que la tierra es tuya, mía y de aquél,
de Pedro y María, de Juan y José.

A la cabeza de ellos, en su caballo tornasol, va el Güero Merdrano, hijo de Jaramillo, nieto de Zapata, hermano del Che:

Tres jinetes en el cielo
cabalgan con mucho brío
y esos tres jinetes son
Che, Zapata y Jaramillo.

”Mira cómo en lo más alto de esas largas garrochas ondean sus banderas rojas, color chalchíuhatl, líquido precioso, y las van colocando de tramo en tramo como firma, sello, cifra de que estas tierras han sido tomadas por el pueblo, por campesinos pobres llegados de los cuatro puntos cardinales.

”Pero el Ejército va a venir a quemar el pueblo incipiente, a envenenar el agua del río arrojando perros muertos y el Güero será asesinado en una emboscada en la sierra, en un vano intento por unirse a la guerrilla de Lucio Cabañas.

—No digas necedades, Pepe, tú qué sabes; el pueblo es invencible.

—Con el pueblo se limpian el culo; de verdad, compas. Ya lo dijo Sabines. Lo escribió en un poema.

—Eso es lo que hay que discutir: ¿por qué confunden al pueblo con un rollo de papel sanitario?

A Ramón, Víctor y Polo, la propuesta les pareció absurda, poco política y torpe, así que la dejaron pasar como quien ve llover y no se moja.

Bajaron del camión destartado que apenas pudo llegar a tiempo para que ellos presenciaran la alucinante coreografía de la toma de la tierra y quedarse ahí descompuesto por meses y meses. Oxidándose al viento, por las lluvias, el polvo, los orines de perros y gente, hasta que decidieron convertir el camión en la biblioteca de la colonia. Le quitaron los asientos que fueron a parar al casco derruido de

la ex hacienda, donde el Güero había instalado casa, refugio y cuartel general, y en su lugar se le colocaron estantes de madera para albergar los libros y algunos mesabancos para que fuera también una especie de aula. Ahí varias veces se reunieron con el Güero para discutir asuntos políticos o tan sólo escuchar las andanzas del líder campesino, que andaba desde los 16 años en la tarea de construir su mito, invadiendo tierras para entregarlas a campesinos paupérrimos, convertidos por los hacendados de Morelos en siervos de la gleba. Hablaba también de su relación con un periodista que lo reclutó para el clandestino Partido del Pueblo y que le dio su primera instrucción política, y que fue detenido en una cantina del centro histórico de la ciudad de México por, puntos pedos, ponerse a hablar de la Guerra Popular Prolongada y otras estrategias para hacer la Nueva Revolución que, según él, ya silbaba, ya reptaba como serpiente de fuego por los laberintos de la historia, mientras el Güero hacía su periplo por Londres, París, y luego Corea del Norte y China Popular para completar su formación político-militar. Y cuando las conversaciones eran en lo que había sido el casco de la hacienda, las mujeres del Güero (porque eran seis o siete), que estaban entre los 16 y 30 años de edad (él tenía 34), revoloteaban a su alrededor ofreciéndole un taco de pollo, de conejo o de tlacuache, un café de olla o un vaso de agua. El Güero dormía en un tapete hecho de varios petates cosidos entre sí, y bien provisto de almohadones y cobijas para acostarse con sus concubinas. Cuando caía la noche, el Güero invitaba a Pepe, el más joven de los compañeritos estudiantes, a ir a cazar tlacuache. Estas cacerías se realizaban una o dos veces por semana, y el Güero iba pisando la tierra del monte con

sus botas de soldado, portando su escopeta de caza y en vez de sombrero de ala ancha, un casco de minero para en el momento preciso alzar al tlacuache y darle el tiro mortal.

IV

La casa de Portales estaba en la calle de Alhambra, entre Municipio Libre y Víctor Hugo, marcada con el número 312. En esa casa vivió durante catorce años, con sus padres y sus hermanos (Delina, Jesús, Rosana y Óscar). Recordaba la casa de Portales como una casa de ambiente provinciano: amplia, con sala, comedor, cocina, cuatro cuartos y un cuarto de servicio, un corredor iluminado por un tragaluz, patio, un breve jardín, traspatio e inclusive sótano. Causante de varias “horas de terror” —minutos seguramente, pero les parecieron horas— en noche ventosa de plenilunio fue el tragaluz. Resulta que la familia —la madre y los cuatro primeros hijos, pues Óscar aún no nacía y el padre tenía guardia en la redacción de *La Prensa*— se hallaba reunida en la sala, congregados por el televisor Philco —tal vez la primera tele que hubo en la cuadra— para ver las peripecias del *marshal* Dillon en *La ley del revólver*, cuando de súbito escucharon ruido de carreras en la azotea de la casa; para decirlo coloquialmente: oyeron pasos en la azotea. Primero nadie dijo nada, tan sólo se arrojaron en el sofá y fingieron no escuchar más que los disparos del *marshal* aniquilando malandros. Pero los ruidos de pasos se propagaron por todo el techo en una variedad percusiva que iba de un ritmo lento, mesurado, a un ritmo apresurado, precipitado. No pudiendo fingir más, Pepe se levantó del sofá y caminó hacia el

corredor de paredes y piso ajedrezados de mosaicos verdes y amarillos, y desde el umbral de la puerta que separaba al corredor del comedor pudo ver el tragaluz, y al través del tragaluz las siluetas de los bellacos que habían invadido la azotea. Eran las siluetas un tanto difusas, porque las veía veladas por el vidrio poroso y mate del tragaluz, pero definidas por la luz plenilunar, de tres o cuatro intrusos que realizaban una especie de danza fantasmagórica. ¿Una suerte de ritual satánico antes de bajar para dar espantosa muerte a todos los moradores de la casa? Pepe, que tendría entre doce y trece años cuando estos sucedidos, volvió a la sala donde ya la mamá trataba de consolar a los llorosos hijos, con las malas noticias: “hay unos fantasmas horribles haciendo cosas raras en la azotea”. Al oír estas palabras el miedo de todos, inclusive el de Pepe que se oyó a sí mismo, alcanzó el clímax y ahí fue no un crujir de huesos y rechinar de dientes, pero sí un concierto de llantos destemplados. Total, en medio de una balacera marca diablo la mamá apagó la tele y llamó por teléfono a una amiga suya, doña Jovita, que vivía en el tercer piso del edificio vecino (el edificio Berta) para pedirle que se asomara por la ventana que daba a la azotea de Alhambra 312 y le describiera lo que veía. Doña Jovita, miope y estrábica, le confirmó presencias fantasmales. “¿Presencias fantasmales?”, preguntó la mamá. “Sí, como los fantasmas de las caricaturas”, insistió doña Jovita. “¿Cómo?”, inquirió aún la mamá. “Como sábanas flotadoras”, remató la doña. La mamá colgó el auricular, vio a su asustada prole y dijo clavándoles muy hondo su mirada: “¡Pero qué pendeja soy!”. Y ni tarda ni perezosa, atravesó el comedor y el corredor, salió al traspatio, subió a la azotea por la negra escalera metálica

de caracol y más pronto que tarde volvió a la sala, donde se quedaron los hijos, aún temerosos, con las blancas y ya secas sábanas que había lavado por la mañana. El viento nocturnal “alevantó” las sábanas que, ya secas, se aposentaron sobre los toros o trabes de madera puestas de tramo en tramo para sostener y consolidar los mecates que hacían de tendedores. Las susomentadas sábanas revistieron las trabes, dándoles su apariencia fantasmal, y el ventarrón hizo rebotar, sábanas y trabes, sobre el piso de la azotea, provocando la sonoridad de tantas variantes rítmicas.

V

Tuvieron perros, tuvieron gatos, tuvieron canarios que se comieron los gatos y tuvieron también peces; además de una misteriosa salamandra y tortugas que desaparecían durante meses para salir de pronto de los rincones más ocultos. No eran ricos, Portales era una colonia popular, casi todos los amigos de Pepe asistían a escuelas públicas y sus padres eran burócratas menores, o bien, trabajaban en el alucinante mercado del rumbo, que tan profundamente impresionara al Pepe niño; sobre todo por sus puestos de barbacoa (por encima de una montaña de carne humeante, cercada por las cabezas de los borregos decapitados, el marchante blandía sus aceros) y las carnicerías exhibiendo las testas rosadas, orejudas y aéreas de desdichados marranos. Portales era en aquellos años, la década de los 60, por lo menos el Portales que él conoció, un barrio con una muy rica vida comunitaria que incluía, por ejemplo, el concurso de artistas aficionados que cada verano se celebraba en la carpa que se ponía frente al mercado, en un lote baldío —baldío que esa carpa, claro está, ocupaba durante unos dos meses—. Esa vida de barrio incluía también las fiestas en las vecindades de Víctor Hugo, fiestas en que tocaban grupos de rock de la propia colonia (Zig-zag, verbigracia), las conversaciones con la tribu de teporochos que vivían en la esquina de Alhambra y Víctor Hugo y las noticias de las correrías de Los Nazis,

mítico grupo de pandilleros de navajas, cadenas, chamarras de cuero y motocicletas. Y Portales era también, y lo fue durante mucho tiempo, el recuerdo del bizarro equilibrista que una tarde de caluroso verano, en franca contradicción con su afición, perdiera el equilibrio y en caída mortal fuera a dar con sus huesos, después de rebotar en la cornisa de la tortillería, en la banquetta de la esquina de Alhambra y Municipio Libre; quedándose muerto en un charco de espesa sangre. El fallido equilibrista, del que Pepe nunca supo nombre, edad ni condición, era un joven que tarde tras tarde salía a caminar descalzo, en pants y muchas veces con el torso desnudo, sobre el borde del edificio ubicado en la ya dicha esquina. El hombre rebotó en la cornisa de la tortillería, pero el cuerpo ya sin vida cayó frente a la dulcería Delicias de la que eran dueños y despachadores una pareja (hombre y mujer, y pareja en todos los sentidos, pues se decía en el rumbo que mantenían pecaminosas relaciones) de hermanos. El padre de Pepe, periodista y poeta (en 1953 ganó un premio de poesía convocado por el *Novedades*), era lo que en aquellos tiempos se llamaba “un bohemio”. Es decir, le gustaba la copa platicada con los amigos, escuchando música y poemas suyos o de sus contertulios. Digamos que era una casa con espíritu libertario que contribuyó a que se despertara en Pepe y en sus hermanos una temprana visión crítica de la realidad.

VI

El mar se aleja hacia la inmensidad. Un haz de luz entra a la celda por una rendija en el techo. Entra la luz y el mar se aleja por la lejanía del sueño con sabor a yodo.

Por el haz de luz descende una cajetilla de cigarros hasta bailar sobre el rostro de Pepe, que termina de despertar de su sueño marino. Polo tiene cerillos y ya vio los cigarros.

—¡Agarra la cajetilla, pinche Pepe! —exclamó Polo preocupado de que los cigarros se esfumaran y se quedaran días y días sin poder fumar.

Pepe pescó la cajetilla e hizo un ademán, en señal de agradecimiento, al custodio que al través de un minúsculo tragaluz, que casi siempre permanecía cerrado, les hacía llegar, pendiendo de un delgado cordón, tan generoso obsequio. Polo se aproximó a Pepe, ya sentado sobre la losa y ya abriendo la cajetilla conteniendo *la yerba de tedio concentrado*, como Lezama Lima llama al tabaco. Eran los Delicados sin filtro que hasta su muerte el padre de Pepe fumara inapagablemente; Polo le aproximó la llama como una flor de luz en esa semipenumbra y Pepe encendió el cigarrillo.

—Vamos a fumar un chingo —propuso Polo—, pa que esta pocilga huela a tabaco y no a meados ni a mierda —agregó.

—A ver, hijos de nobles familias —aproximándose, dijo el guerrillero del MAR—¹ aliviánense con un tabiro.

Pepe acercó la cajetilla al guerrillero, que era apenas dos o tres años mayor que él, bajo de estatura, narizón, delgado, pero fuerte, moreno, de cabello lacio, *allí estaba la luna hundida al centro de los árboles*, y yo con todo el cuerpo embarrado de miel, sepultado en ese hormiguero de hormigas arrieras, grandotas, rojas como si fueran de lumbre y más que feroces. Estaba yo con la boca amordazada, sin poder gritar al sentir un fuego interno calcinando mis entrañas. Entonces una abeja rosada, más ligera que el aire, vibratoria, se posó sobre mi nariz superlativa y me picó en el párpado del ojo derecho. Sentí quemadura de acero derretido derramándose sobre mi rostro, sentí que mi cara se metamorfoseaba en humo. Luego me desmayé.

—Pinche guerrillero, no mames. ¿Has leído a Quevedo? —dijo Pepe, sorprendido.

*Érase un hombre a una nariz pegado,
érase una nariz superlativa.*

¹ Grupo político-militar denominado Movimiento de Acción Revolucionaria.

VII

El domingo 6 de febrero de 1972 la casa de Portales fue allanada por agentes de la Dirección Federal de Seguridad, que lo secuestraron en compañía de tres muchachos más, destruyeron muebles, se robaron libros y diversos objetos —floreros, figurillas de porcelana, ceniceros de cristal cortado— que consideraron de algún valor; es decir, vendibles. Pepe era aún menor de edad y su padre ya había muerto. Murió en enero de 1970, en el accidente de aviación acaecido durante la gira de Luis Echeverría como candidato del PRI a la presidencia de la república, en el cerro del Mesón, en las cercanías del aeropuerto de Poza Rica.

Ese día, la madre y los hermanos salieron de casa para ir al panteón y después a pasear. Él no los acompañó porque recibió una llamada telefónica de Ramón. Pepe notó su voz inquieta, preocupada, pero en concreto lo que le pedía era que le diera hospedaje a un compañero: se trataba de que pasara el día y la noche para, a la mañana siguiente, temprano, “irse pa’l Norte”. Él aceptó y se quedó a esperarlos. Su madre y sus hermanos se fueron y Ramón, acompañado de Polo y de Heber, llegó una media hora después de su telefonazo. Pasaron a la sala y prendieron la televisión para ver el fut. Él presentía que algo muy grave había sucedido, pero nadie decía nada. Entonces los conminó a que le dijeran con toda claridad qué pedo y fue Heber quien dijo

apesadumbrado que en el parque México la policía había dado muerte a Raúl. Que él, milagrosamente, había logrado escapar. Por unos instantes se quedaron todos en silencio sopesando la gravedad de los hechos. Sonó el timbre de la casa y Pepe acudió: era un hombre joven, moreno, de cabello rizado, vestido con una camisa o playera café y al que, además, como para convertirlo en un personaje de novela negra, le faltaba una mano (probablemente la derecha) y usaba una prótesis. El tipo preguntó que si ahí vivía un tal Jorge, un joven de tantos años, así y asado. Pepe respondió que no conocía a ningún Jorge que coincidiera con esa descripción. Se dio la vuelta y comenzó a subir los escalones del portal de la casa, y de pronto, reflejados en el ventanal de la sala, pudo observar a varios hombres, algunos ya pistola en mano, saltándose el enrejado. Entró precipitadamente y les dijo a sus compañeros que habían llegado por ellos. Corrieron hacia el fondo de la casa y él no paró hasta el traspatio, entró al cuarto de servicio, al baño, y se escondió en el canasto de la ropa sucia: sacó la ropa, se metió en el canasto y después se tapó con la misma ropa. Desde su escondite escuchó correrías y voces, insultos y golpes, el ruido de cosas que se rompían y ya cercana la voz de un agente que preguntaba: “¿Dónde está Pepe?”. Muy pronto los pasos resonaron en el cuarto de servicio, a través del entramado de mimbre pudo ver las piernas, los zapatos, del policía que le dio un puntapié al canasto, derribándolo. La ropa se desparramó, el poli lo encañonó con su pistola y con insultos le ordenó salir con las manos en alto.

El empistolado, a empujones, lo condujo al comedor, donde ya estaban Ramón, Polo y Heber echados en el piso,

rodeados por varios agentes policiales. Como era él quien vivía en esa casa, a él se dirigieron sus demenciales preguntas: “¿Dónde están las armas?”. “¿Dónde está la propaganda?” y, tal vez, la más canallesca de todas: “¿Dónde está la droga?”. Pepe trató de reponerse ante lo que estaba pasando y también hizo sus preguntas: “¿Quiénes son ustedes?”. “¿Tienen orden de cateo?”. “¿Tienen orden de aprehensión?”. “¿De qué nos acusan?”. Sus respuestas fueron más golpes y jalones, más insultos; pero uno de estos energúmenos dijo: “De tráfico de drogas”. Entonces, por unos maravillosos instantes, Pepe se sintió aliviado y pensó en voz alta: “Si es así, no hay ningún problema. Nosotros nada tenemos que ver con tráfico de drogas”. En medio del desastre que se cernía sobre ellos, uno de los agentes le enseñó una fotografía en blanco y negro donde pudo ver a un jovencito de pelo chino un tanto crecido, con una camisa blanca, entre árboles y plantas, que portaba un rifle. “Éste eres tú, no te hagas pendejo”, le dijo el policía. O de plano no era él, o se trataba de un fotomontaje. Los policías lo obligaron a guiarlos por toda la casa: en cada habitación registraron, rompieron y robaron y, poniendo gran empeño en su trabajo, abrieron con navajas los colchones buscando lo que sabían que no iban a encontrar: cualquier cosa que justificara su innecesaria violencia. Los cuatro compañeros salieron a la calle custodiados por los polis. Un grupo reducido pero compacto de vecinos hacía una valla a la puerta de la casa. A fin de cuentas eran también amigos de Pepe; con los que jugaba fútbol en la calle, con los que se tomaba una cerveza sentado en la banqueta o platicando dentro de un carro destartado (casi siempre la carcacha de Alejandro, el novio de su hermana

mayor), con los que iba a la carpa y a las fiestas de las vecindades de Víctor Hugo. Cuando pasó al lado de ellos, dijo en voz alta: “¡Avísenle a mi mamá!” y vio de reojo cómo Alejandro asentía con un movimiento de cabeza. A Ramón y Pepe los subieron a la parte trasera de un carro, entre dos agentes que se daban gusto dándoles bofetadas como perversa diversión. El carro enfiló sobre Municipio Libre, en dirección a la Calzada de Tlalpan, para tomar la vialidad norte, hacia la Procuraduría General de la República (PGR).

Llegaron a la PGR y fueron conducidos a un corredor en el que volvieron a ver a Heber y a Polo, pero también a Víctor, detenido en su casa, en la colonia Educación. Los colocaron en cuclillas, vigilados por unos agentes muy jóvenes que les pegaban en los muslos, en los costados o en la espalda al menor movimiento. Ahí esperaron para ser interrogados por un funcionario de la PGR. Pasaron uno por uno a su oficina y Pepe fue el último en pasar. Se sentó en un diván como de sicólogo y el hombre se acomodó a su lado y encendió una grabadora que estaba sobre una mesa cafetera. El interrogatorio fue en verdad breve: el tipo malencarado se le quedó viendo, pasó su brazo por la espalda de Pepe, abrazándolo, y le dijo: “Ya tus compas lo dijeron todo y tú sales muy mal parado” o algo por el estilo. Pepe le respondió que si era así ya no tenía nada qué agregar, y que aceptaba todo lo que sus compañeros habían declarado. Después fueron trasladados a La Vaquita, una prisión para prostitutas que estaba (o está) por el rumbo de la Villa de Guadalupe. Ahí fueron desnudados, amarrados de pies y manos, vendados de los ojos con trapos empapados en agua y conducidos a unos corrales donde, para decirlo con brevedad, fueron torturados

durante varias horas. Debo decir que desde que salieron de las oficinas de la PGR, ya no volvieron a ver a Heber.

Ramón, Polo, Víctor y Pepe terminaron en una celda clandestina ubicada en el sótano de la explanada de Tlaxcoaque. Una celda muy amplia, oscura, donde también estaban detenidas —¿o secuestradas?— tres personas más: dos mecánicos que en verdad no sabían por qué estaban ahí; ellos referían que su taller había sido allanado por la policía y que se les había trasladado a esa celda porque en el cateo que realizaron los polis habían encontrado ejemplares de la revista *Por qué?* Tal parece que ése era su delito, tener ejemplares de una revista que podía comprarse en cualquier puesto de periódicos. La tercera persona era un militante del MAR que, según les platicó, había sido martirizado con ferocidad. En esa celda, que tenía unas planchas de cemento para dormir, unos cuantos periódicos en vez de mantas o cobijas y unos hoyos en un rincón para defecar y orinar, ya no fueron golpeados. Inclusive hubo un custodio que se portó con cierta amabilidad:

—Miren nomás —les decía—, si están rete jóvenes como para andar en estas vainas.

Y les llevó leche y una cajetilla de cigarros.

Historia infame (1)

Tinacos, antenas y tendedores del edificio Berta de la colonia Portales se tatemaban bajo los rayos del sol canicular. Sentados en sillas desportilladas y astrosas, Rey y el Chibabá podían ver las azoteas de las casas y edificios vecinos. Las sillas chirriaban al más ligero movimiento de sus ocupantes que, mientras platicaban, se bebían una caguama que iba del uno al otro sin mayores ceremonias. Rey, amén de charlar, limpiaba con una franela roja un revólver Taurus de cañón recortado.

—¡Esta chingadera no sirve para nada! —decía Rey enfático y al punto, agregaba—: Nunca di en el blanco, tiraba y la bala se iba de lado.

—Lo que pasa es que eres un pendejo para tirar —le reviró el Chibabá, limpiándose con la manga de la camisa la espuma de la cerveza.

Entonces Rey le soltó, a boca de jarro, como antaño decían los cronistas futboleros:

—Tú de qué hablas, güey. Tú lo único que te tiras son pedos.

—Yo me tiro a Maricela, y bien tirada —respondió el Chibabá, sonrió y le dio otro trago a la caguama.

A Rey la respuesta del Chibabá no le hizo gracia. Se levantó, colocó el cañón del revólver sobre la sien de su amigo y explotó en airadas palabras:

—¡Con Maricela no te metas, ojetel! ¡Hazle a la mamada y me cae que te vuelo los sesos!

El Chibabá se incorporó dándole un manotazo al revólver y tirando la silla y la caguama que se hizo una constelación de añicos:

—¡Estás rete loco, pinche Rey, no mames!

Cimbrado por el reclamo, Rey caminó hacia la cornisa de la azotea, oteó el paisaje urbano, se acomodó el revólver en la cintura y adoptó una actitud meditabunda. El Chibabá se arrió y le palmeó la espalda.

—Está del carajo, pero es que Maricela me enloquece desde que éramos niños —balbuceó Rey como pensando en voz alta.

Después le pidió disculpas al Chibabá y quiso restarle importancia al suceso aclarándole que el revólver estaba desabastecido. El Chibabá lo perdonó “de coraza”, pero también le dijo que descargada o no se sentía “rete culero” tener el cañón de una fusca en la cabeza. Rey seguía agüitado. El Chibabá le pidió que depusiera su desasosiego (se lo pidió con otras palabras, por supuesto) y que mejor bajaran a ver el fut.

Bajaron al departamento de Rey. En un espacio más bien breve se amontonaban la sala y el comedor, conjuntos de muebles corrientes de madera aglomerada. Ahí estaban, colgadas en paredes salitrosas, las fotografías de bautizos, quince años, bodas y otras ceremonias que nutren esas galerías domésticas. Estaba también la infaltable reproducción de La última cena y la tele que Rey encendió: “pero como somos güeyes, Chibabá, el partido ya terminó, ve: Atlante, 1; Pumas, 0, ¡mucho, mis potros salvajes!”. Rey apagó la tele y

fue a la cocina y regresó y echados en los sillones de resortes saltados, bebieron cocas y engulleron papas fritas. Se abrió de pronto una puerta al fondo del departamento y Maricela apareció en paños menores, con una toalla en la mano.

—¡Putas, cabrones! Pensé que no había nadie —dijo Maricela, sorprendida.

—¡No jodas, hermana! ¿Cómo sales en cueros? —le reprochó Rey.

—Brincos dieran —respondió ella, y volteando hacia el Chibabá, añadió—: ¿Tú qué ves, babotas?

Rey volteó hacia el Chibabá que, a su vez, murmurando entre dientes, desvió la mirada del cuerpo de Maricela. Para esconder su turbación, Rey decidió representar el papel de hermano encabronado.

—¡Ya métete al baño, Mari, no seas!

Maricela, consciente de la turbación que había provocado en ambos, entró al baño contoneando las caderas y sin cerrar por completo la puerta abrió la regadera. Con el ruido del agua como fondo, se oyó su voz:

—De lo que te perdiste, hermano. Te iba a pedir que me pintaras las uñas de los pies, pero como está el prángana del Chibabá igual te da pena.

Y en el colmo de la provocación:

—O que tal que tú me pintas las uñas de un pie y el Chibabá las del otro. Si bien que he visto cómo el pobre babea por mí.

Los amigos huyeron al cuarto de Rey. Se tendieron en la cama de latón, sobre la cobija a grandes cuadros negros y blancos, como escaques de ajedrez. Sacándose un moco, el Chibabá comentó:

—La Mari es más cabrona que bonita.

—Ni digas, güey, que bien que me fijé cómo la licas —atajó Rey, quien añadió—: y no mames, vete a sacar los mocos a tu casa ¡cerdo!

—La mera verdá es que está muy buena —insistió el Chibabá, embarrando, como si tal cosa, el moco en su pantalón.

—Cálmate, ñero, que te metes en el callejón de los chingadazos.

—¿Oye, cabrón, de veritas le pintas las uñas de los pedales?

—¡Mámate ésta! —contestó Rey, agarrándose el pito.

VIII

—La estrella se está mojando en el río. Ve cómo ya mojó todas sus puntas —le dijo el Güero acostado a la vera de la corriente de agua que de manera infame los judiciales envenaban con perros, gatos y cerdos muertos.

—Esos cabrones son capaces de arrojar algún cristiano... —reflexionaba el Güero, que hizo un chasquido con la lengua, se sentó y se atusó el bigote zapatista. Luego —o aluego, como él decía— instruyó a Pepe sobre cómo caminar entre los yerbazales, siempre despacio, aposentando bien el pie a cada paso de los pasos medidos, atigrados, con el cuerpo encorvado y proyectado hacia delante, usando hasta las sombras de las nubes para hacerse invisible si era de día, con el cañón del arma apuntando al piso, pero siempre bien sujeta entre las manos. Un caminar tranquilo, pero atento, con todos los sentidos vigilantes. “Nunca hay que fumar de noche, porque te conviertes en un blanco seguro a cien metros de distancia, porque delatas tu posición a 300 o 500 metros”. Aluego siguieron las instrucciones para cazar tlacuache, de carne dura, seca, pero sabrosa, con un gusto a conejo, preparado en adobo o a las brasas. “Aluzado, el tlacuache se queda un segundo detenido, como hipnotizado por la lampareada, y es entonces cuando hay que tirarle y después decirle: ‘Perdóname, compita, pero tenemos que comer’. Es un mártir de la causa revolucionaria”.

La noche los rodeaba con su silencio de zumbar de cocuyos, croar de ranas, esdrular de grillos, pedos tirados por el Güero que reía y le decía a Pepe: “tírate un pedo, compañerito, que se libera la tensión, el miedo se va vuelto gas y se pelea mejor. Un buen guerrero se tira pedos sonoros y francos”. Y se reían los dos y Pepe acuñaba la frase, liberando una flatulencia tímida: “¡Pedorros del mundo, uníos!”. Y se reían aún más.

—Párate ahí, Güero, a la luz de la luna —dijo de pronto Pepe.

—Pa qué tú —preguntó el Güero un tanto extrañado, pero se detuvo en firmes, colocó la escopeta sobre su hombro e hizo el saludo militar.

—Eres igualito a Zapata. Un Zapata güerejo.

—Ya lo sé, cabrón.

—¿Cómo te llamas?...

—¡Ah, chingá! ¿No sabes mi nombre de pila? *Je m'appelle* Florencio. Florencio Medrano.

—¡No! ¿Cómo te llamas noche de esta noche, para que yo te reconozca entre tantas noches venideras?

El Güero sonrió con amplitud y Pepe añadió:

—Es un poema de Emilio Ballagas, un cubano.

IX

*En su andar de medianoche,
bajo astros en viraje,
ya vislumbran al tlacuache.
Un tiro zumba en la noche.
La sangre sobre el paraje.
Se convulsiona el yerbaje
de un tiro que es un derroche
de astucia y de puntería.
¿El Cid en la montería?
Güero Medrano en la noche.*

X

A las tres de la tarde del 14 de agosto de 1980, a dos cuadras de la estación Juanacatlán del metro, Pepe estuvo a punto de ser secuestrado por un tipo que se apeó de un Malibú amarillo de los años setenta, con una 45 en la mano, apuntándole, y que le espetó:

—Ora sí, cabroncito. Súbete al carricoche (*sic*). ¡A ti te estoy hablando pinche puto!

La sorpresa fue tal que en un principio Pepe no se percató que él era el cabroncito y el pinche puto. Así que volteó en busca de otra posible víctima y vio a un hombre alto, delgado, de cabello largo y barbas de chivo que tenía en el rostro —como seguramente él también tendría— un gesto de espanto. Se parecía mucho, pero mucho-mucho a Polo, sólo que con unos quince años más. Por fortuna el barbaján que los amenazaba estaba a unos tres metros de distancia y el Malibú ya estorbaba el tupido tráfico de la avenida Pedro Antonio de los Santos y una pareja de novios —que nunca se dio cuenta de lo que sucedía— se interpuso entre Pepe y el muy parecido a Polo y la 45, y Pepe, calculando que el tipo no se atrevería a disparar en medio del barullo citadino, corrió, corrió y corrió hasta hallar refugio en el Sanborns de avenida Revolución. Entró al baño, orinó. “Debería de hacerme una chaqueta, para relajarme”, pensó o tal vez dijo en voz alta, sin darse cuenta, porque el señor que se exoneraba

en el mingitorio vecino volteó a verlo e hizo un gesto de reprobación.

—Afloja las ataduras que limitan tu mente —escuchó a sus espaldas, mientras hojeaba una edición ilustrada de *Gog* y *Magog* en la sección de libros. Giró el rostro y vio al Polo envejecido: su pelo largo y lacio, así como sus barbas de chivo eran entrecanas y pudo observar que el Polo envejecido vestía una camisa oaxaqueña de manta, un saco de lana, de pelambre oscuro, y calzaba unos elaborados huaraches michoacanos.

—¿Mande? —dijo Pepe, un tanto estúpidamente.

—No, yo nunca mando. Pido siempre las cosas por favor y te invito, por favor, a tomar un café. ¿Sale?

Pepe lo vio de arriba abajo, con cierto recelo al principio, pero el hombre, que algo en su estampa tenía de entre gurú y jipi, terminó por inspirarle confianza. Así que se instalaron en una mesa del fondo del restaurante y el Polo envejecido, tras consultarlo con Pepe, ordenó dos americanos y dos pays helados de limón. Temerariamente, Pepe y el que pronto sería su nuevo amigo, acometieron sus pays y sus tazas de café y platicaron con gusto y hasta con cierta excentricidad de literatura, pintura y religión.

XI

Tiene las ventanas polvorientas y las paredes grafiteadas con citas de poemas, aforismos y dibujos monocromáticos de parejas copulando, de estrellas de cinco puntas, de símbolos taoístas (el yin-yang) y el emblema jipi de paz y amor. Entre los letreros escritos en esas paredes, dos llamaron poderosamente su atención:

Los lazos del deseo te atan a la existencia material
Sólo el poder del pueblo es superior al poder de la mente

—Y estas gotas de sabiduría, ¿qué pedo? —preguntó sorprendido no tan sólo por esos bizarros mensajes, sino por todo el aspecto del departamento: revestido de imaginación tenía móviles y alebrijes colgando del cielo raso; jaulas de bambú que albergaban cornetas en vez de aves; macetas de las que surgían piernas o brazos de plástico en vez de plantas o flores; grandes, enormes velas colocadas de tramo en tramo; incensarios diversos emitiendo sus humos aromáticos, y otras macetas con plantas de marihuana como manos abiertas, de dedos largos y delgados, manos ultrafinas color verde esmeralda.

Ahí estaba Polo, envejecido, sentado en un equipal, en compañía de dos mujeres que también ocupaban iguales asientos. Mujeres jóvenes, de pies descalzos, con vestidos negros que parecían túnicas talaes, pues bajaban hasta los

tobillos. Bebían Sangre de Cristo y escuchaban a The Doors. Una de las mujeres se le acercó, se le quedó viendo unos instantes y de pronto le dijo:

—Hay una paloma blanca sobre tu hombro izquierdo. Eso significa que tienes dos karmas que cumplir. ¡Putá, qué iris, dos almas en un cuerpo! ¡Y en un piscis, qué complicado, Dios mío!

—No lo asustes, Padmini —dijo el Polo envejecido—. Cuando menos déjalo llegar —agregó.

Padmini regresó a su equipal, se sentó y alargó su pie hasta colocarlo sobre la pierna izquierda del Polo envejecido. Pepe avanzó para sentarse en un cuarto equipal y el Polo hizo las presentaciones de rigor. Lo presentó como al tío que había vivido con él la extraña experiencia de días atrás. A las mujeres las presentó como Padmini y Karana, y empezaron a platicar como viejos amigos, pero Pepe no pudo dejar de notar que en medio de la conversación, de vez en vez, el Polo envejecido acariciaba los pies de Padmini, aposentados sobre su muslo izquierdo.

Karana era una mujer-loto: su cara agradable con su nariz recta y hermosa; su cuerpo, de carnes bien distribuidas, suave como los shiras² o flor de mostaza; la piel, tierna y rubia como el loto amarillo; los ojos, brillantes, húmedos y hermosos como los de un venadito, bien dibujados y con los ángulos rojizos. Karana le mostró a Pepe las plantas de sus pies, para que él constatará que ella era una mujer-loto.

—Mira mis plantas, rositas y marcadas por un chakra.³ Es el atributo mayor de una mujer-loto.

² Árbol alto, de polen suave y aromático.

³ Rueda o círculo en sánscrito. Se refiere a los centros energéticos que existen en el cuerpo.

—¿Y Padmini?

—Padmini es una Padmini; es decir, una mujer-loto como yo. Pero te estoy hablando de mí. ¿Das fe de que soy una mujer-loto?

—Sí.

—Sí ¿qué?

—Sí, Karana. Doy fe de que eres una mujer-loto; una mujer bellísima.

(¡Oh!: la belleza de Karana inmóvil mostrando las plantas de sus pies; ella suspendida en medio de un salto, sin reposar sobre otra cosa que no fuera el tiempo solidificado esa tarde de verano).

XII

La buscó en el templo, pasó entre bailarines que se daban cabezazos y sudaban aserrín. Llevaba la cara caída y la ropa húmeda y el humo congelándose sobre su rostro metamorfoseado por tantos Delicados que fumaba. Uno tras otro. Uno tras otro. Uno tras otro escuchó a los pájaros moteados hablar entre ellos:

—Cuacué cuacué cuacué —decía uno.

—Cuacué cuacué cuacué —respondía el otro.

Vio a un hombre en la esquina, un hombre que hablaba en sílabas muy lentas. Se acercó a él y oyó que decía:

—Voy-a-pro-po-ner-a-la-de-le-ga-ción-que-de-las-al-can-ta-ri-llas-bro-ten-cum-bias...

Y después se carcajeaba.

También se dio cuenta de que el hombre, oloroso a alcohol rancio, comía espinas de pescado con sus labios sangrantes y mascullaba hojas mientras su instrumento, un acordeón, sonaba como un animal demandando caricias.

La buscó en el templo —como habían quedado— y no la halló. Entre los árboles del parque, sintió miedo de no verla nunca más. Pero de pronto la divisó bajar de un taxi. Primero se asomó su pie de mujer-loto decorado por una ajorca de ámbar y calzado con una sandalia blanca. Karana se veía muy hermosa bajo el sol de la Plaza de San Fernando. Llevaba en las manos un ramo de rosas amarillas. Ella también lo

vio y caminó hacia él. Se encontraron en el centro del planeta y se dieron un beso húmedo. Ella fue la primera en hablar:

—Vamos a dejarle estas rosas a Isadora Duncan.

Karana vestía un conjunto verde limón de blusa de mangas cortas y pantalón pescador. Había pintado sus ojos con un delineador líquido de tonos ocres que hacían más luminosas sus canicas oculares. Se tomaron de la mano y atravesaron la plaza, hacia el panteón de San Fernando, con sus magníficos sepulcros de héroes de la Reforma, incluyendo la tumba original de Juárez. Traspusieron la puerta de hierro, llegaron al muro norte del panteón y ahí hallaron la modesta placa de mármol que anuncia el nicho mortuario: *Isadora Duncan 1892-1924*. Con cinta adhesiva, que Karana sacó de su bolso de lona gris, sujetaron las rosas amarillas sobre el mármol y se fueron. Se fueron al Salón Palacio, ubicado a tres cuadras del panteón, entre avenida Guerrero e Ignacio Mariscal. En una mesa del fondo de la vieja y amplia cantina los esperaba el Polo envejecido, bebiéndose una cuba de ron añejo con tehuacán y una ración mínima de coca, una cuba “pintadita”.

—Supongamos —les dijo el Polo a los recién llegados en vez de saludo— que se hayan puesto en acción en el pasado vibraciones de odio: podemos neutralizar deliberadamente estas vibraciones, e impedir que actúen en el presente y en el porvenir, oponiéndoles vibraciones de amor.

Karana y Pepe ocuparon dos de las tres sillas vacías; sobre el respaldo de la tercera colgaba el morral de cuero de Padmini.

—¿Y Padmini? —preguntó Karana.

—Fue a bendecir el baño de este antro con su lluvia dorada —respondió el Polo.

—¿Por qué decías el rollo ése del amor? —le cuestionó Pepe.

—Porque es lo que ustedes ofrecen a este mundo inmundo: vibraciones de amor.

—Pues que buena vibra, ¿no? —concluyó Karana.

—*Oh, vosotros los que sufrís, sabed que sufrís por vuestra propia causa...*

Era Padmini llegando del baño, con el rostro salpicado de agua y medio ebria, lo que no era extraño, pues Padmini se embolaba casi con tan sólo oler el trago.

—Nosotros no sufrimos, Padmini —le respondió Karana.

—¡Claro que no!, si están iluminados por el amor —sentenció Padmini arrimándose al Polo y, acariciándole el cabello entrecano, agregó:

—Como mi esclavo y yo.

—Así es —confirmó el esclavo entrecano.

—Diles a Karana y a Pepe que eres de mí.

—Tu esclavo, Padmini.

Después de esta declaración franca de sumisión, Padmini ocupó su lugar y llamó a Mario, el mesero que siempre los atendía. Ella pidió otro margarita, y Karana y Pepe cubas de ron añejo con coca. En realidad era una esclavitud suave y llena de recompensas a la que Polo se sometía; el Polo viejo en realidad se llamaba Leopoldo, pero nada tenía que ver con el otro Polo, el que fue detenido con Pepe casi nueve años atrás; en realidad al Polo viejo ni Padmini ni Karana ni ninguno de sus amigos lo llamaba Polo, le decían Argel, nombre que él había asumido desde su primera juventud; en realidad fue Argel, 20 años mayor que Padmini, quien la iniciara en el conocimiento de la obra de Sacher-Masoch

y en el ejercicio de un BDSM benigno, romántico, inclusive dulce, lo que no excluía ciertas prácticas de *bondage*, y el uso de collares, correas y gatos de siete colas. En realidad Padmi amaba a Argel, que se ganaba la vida diseñando portadas de libros y discos, formatos de revistas y en ocasiones escenografías para obras teatrales.

Mientras Karana y Pepe bebían sus tragos, Padmi sacó de su morral un breve texto que acababa de escribir y que marcaba su debut como escritora de cuentos o narraciones breves (¿o poemas en prosa?) y que sometía a la consideración de sus amigos para incluirlo en el primer número de la revista. “¿Cuál revista?”, preguntaron al unísono Karana y Pepe; “pues la que vamos a publicar”, contestó como si tal cosa Padmini. Después procedió a leer, un tanto atropelladamente por la bolera, su narración, relato, cuento, texto o poema, “¿qué carajos será?”, se preguntó:

Salón Palacio

Cada día amarillo —caen tres o cuatro a lo largo del año— el Salón Palacio ofrece a sus clientes un ritual etílico para celebrar la aventura de vivir un día amarillo. Un brebaje carmesí, mezcla de oporto y licor de damiana, condimentado con extracto de semillas de la virgen y una pizca de flores secas de toloache, se sirve en copas de cristal cortado que refulgen, a pesar de la luz mortecina, en las manos de los clientes. Intensos, definitivos adictos a las poderosas visiones que nos provocan el alcohol y las drogas, formamos la clientela habitual del Salón Palacio. Ya ebrios todos somos seres anónimos, casi fantasmales, haciendo aspavientos para abrazar quimeras. A las diez de la noche de un día amarillo, después de libar en abundancia el nepente celebratorio, vi un enorme perro de raza indeterminada, con la cabeza y los cuartos traseros machacados, y el resto del cuerpo vuelto una masa esponjosa. Aún en la calle, cuando dando tumbos me alejaba de las puertas batientes, percibí el fuerte olor que despedía el piso de la cantina, impregnado con la sangre del monstruoso animal.

Historia infame (2)

La glorieta en que se encuentran las calles de Alhambra y Víctor Hugo, con sus banquetas sucias y sus muros carcomidos, era refugio de teporochos, gatos y perros. Teporochos harapientos, greñudos y siempre maravillosamente pedos. Tres de estos seres magníficos platicaban jubilosos, sentados en la banqueta y bebiendo alcohol de 96 grados rebajado con Jarritos de frambuesa. Tiburcio llevaba la voz cantante y narraba las revelaciones portentosas y terribles que había tenido la noche anterior. La había visto a ella, la Muerte tilica y flaca:

“La noche comenzó a oler a azufre y de una carroza funeraria bajó ella, toda acá, muy elegante, acompañada por su achichinle. Con ella venían dos muchachos que medio quise reconocer, y clarito oí que ella les decía que no tuvieran miedo pero las cosas se iban a poner muy cabronas. ‘¿Cómo sabes?’, le preguntaban y ella les decía que como era bruja y piruja adivinaba el futuro y ‘no quieran saber más, chavales’, les decía, porque los llamaba chavales, ‘lo que tengan que saber lo sabrán a su debido tiempo’. Ella y su achichinle se treparon a la carroza fúnebre y echando humo agarraron camino, dejándome con una tembladera de los mil demonios”.

Los teporochos aplaudieron con gran entusiasmo la narración de Tiburcio, como si se tratara de una representación teatral. Uno de ellos, el más viejo y sin que viniera al

caso, citó a García Lorca: “Un horizonte de perros, anuncia la madrugada” y, acto seguido, comentó: “¡Ah, puta, la gran chuchada!”. Tiburcio lo volteó a ver con extrañeza y pensó: “este güey ya se piró de tanto trago”. La jornada teporochil continuó tan ordenada en su desmadre como todos los días, porque la ruta teporochil es más que nada una experiencia interior. Las personas que pasan sólo ven a tres hombres andrajosos, sucios y alcoholizados, pero nada saben de sus súbitas iluminaciones, cuando las flatulencias y sudores añejos y recientes se transforman en sutil perfume y los cuerpos comidos por piojos se vuelven de luz. Hay que beber mucho alcohol para alcanzar este estado de sadhu de la Portales, la Guerrero o la Morelos. No es fácil. Los tres teporochos, en medio de su encantada pedez, bailaban una danza ritual cuando al lado de ellos pasaron, rumbo a La Covacha, Tamara y el Negro. La pareja pasó sin verlos y entraron a la cantina, donde llegan a beber los que beben por vicio y no para alcanzar las iluminaciones referidas. La pareja no los vio, pero Tiburcio sí los vio a ellos y sin poder disimular su miedo comenzó a balbucir:

—¡Es e-e-ella, es ella!

—¿Quién, quién, Tiburcio?

—¿Quién, mi Tiburón?

—¿Cómo quién, cabrones? ¡Ella, la Muerte tilica y flaca!

—No, Tiburcio, nel mi Tiburón. Es una pinche vieja flaca y fea, con un cabrón con pinta de padrote.

XIII

¿La sonrisa de las sardinas? ¿El pochitoque aluzado? ¿El ase-
rrín que nos baña? ¿El gato del vacío? ¿La casa mágica? ¿El ojo
que no quiere? ¿El pestañeo oscuro? ¿Espejo impar? ¿La araña
en el vitral? ¿El polvo de nuevo danza? Eran los diez nom-
bres que Argel proponía para bautizar la revista que querían
publicar. Querían algo que sonara surrealista, inquietante y
misterioso. Pero también un nombre elegante, de linaje li-
terario y avasallador, decía Padmi y entonces Pepe recordó
una reunión similar, ocho años atrás, con el otro Polo, Víctor
y Ramón para decidir el nombre de su revista política, que
difundiría, entre los estudiantes de la prepa 5 y de la Facul-
tad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, las críticas
al reformismo del Partido Comunista y a la supuesta apertu-
ra democrática de Luis Echeverría y, además, analizaría las
propuestas políticas de los grupos que planteaban estable-
cer entre los movimientos sociales formas de autodefensa.
Esa revista se llamó *El Tábano*, nombre acompañado con
el lema *El azote de los bueyes*. De *El Tábano* se publicaron
tres números, con un tiraje de dos mil ejemplares, que fue-
ron editados en la imprenta de don Filemón Guarneros y
al que, según alcanzaba Pepe a recordar, nunca le termina-
ron de pagar. Muchos años después, no frente al pelotón de
fusilamiento, sino tomándose un café con un sobreviviente
del movimiento guerrillero, muy cercano a Raúl, se enteraría

que éste, admirador de The Beatles (de tal forma que usa-
ra “Let it be” como epígrafe de un importante documento
político) y que tan sólo tenía 25 años de edad cuando fue
asesinado por la policía, sí llegó a leer *El Tábano* y que el
periodiquito le impresionó de buena manera.

Pero ahora, sentado al lado de las prósperas matas de
mariguana, en los equipales del departamento de Argel y
Padmini, en la calle de Regina, bebiendo una copa de San-
gre de Cristo en compañía de Karana, Padmini y el propio
Argel, con la lista de los nombres propuestos en la mano,
Pepe pregunta:

—¿Así, entre signos de interrogación?

—No, güey. Estoy preguntando cuál carajos les gusta.

—Pues sobran los pinches signos; parecen parte del
nombre.

—No seas lerdo, Pepe. Ve: si elegimos el cuarto nombre,
la revista se llamaría *El gato del vacío* y no ¿¿¿*El gato del
vacío*??? —dijo Argel didáctico, enfatizando caricaturesca-
mente la inflexión interrogativa.

Por su parte Padmini y Karana no intervenían en esa
plática, entretenidas en armar un nuevo móvil diseñado
por Karana. Un bello artefacto de alambre, plumas y trozos
irregulares de madera y bambú, hecho para colgar en una
habitación en que lo aguardaban un cartel del Che y otro de
Bob Dylan.

—¡Ya! Paren su carro —dijo de pronto Padmini—, para
qué discuten, la revista se va a llamar *El pestañeo oscuro*.

—¡Ah, chingá! ¿Y por qué? —preguntó Argel.

—Porque es el nombre que nos gustó a Karana y a mí.
¿Cómo la ven?

XIV

—Las mujeres son verdaderamente fascinantes —dijo entre filosófico y romántico Pepe.

—¿Cuáles mujeres? ¿Todas las mujeres? ¿Margaret Thatcher te parece fascinante? —inquirió perversamente Argel.

—¡No manches tu vida! Me refiero a mujeres como Padmi y Kara.

—Ora sí te doy toda la razón. Oye nomás el último poema que le escribí a Padmi.

Argel sacó del bolsillo de su pantalón un papel doblado, un tanto arrugado, lo desdobló, lo colocó sobre su pierna izquierda, lo planchó con sus manos de dedos largos y osudos, y procedió a leerlo:

Quisiera
abrazarme a lo invisible
o ser un niño inmóvil ante ti.
El ventarrón más despiadado
es tan sólo una escaramuza ante el poder de tu presencia.
¿Y dónde no estás?
Una obra cruel o carente de sentido,
un mundo cubierto por pelambres de tortura.
Y tú,
una dulzura tibia
con todo y tus anillos planetarios.

—¡Qué chingón está, maestro! ¿Ya lo conoce Padmi?

—No, todavía no; tengo que pasarlo en limpio, no se lo voy a dar en esta pinche hoja toda arrugada. Hay que tener un poco de dignidad.

—¡Qué buena onda, cabrón! Ahora hasta poeta me resultaste.

—De que te asombras, si hasta tengo un libraco publicado: *Poemas para pepenar en frío*, editado por el Círculo Literario de Sahuayo.

—¿Te cae?

—Negra y tenebrosa si no. Nada más que sólo me queda un ejemplar que ha de andar rodando por ahí. Déjame buscarlo y te lo prexto.

—Cincho.

—Ahora dime, ¿aparte de Padmi y Kara, qué otra mujer te parece fascinante?

Argel y Pepe podían platicar a sus anchas porque las mujeres-loto ya no estaban en el departamento. Habían salido en el Safari de Argel, que a Padmini le encantaba manejar, a mercar algo para comer, así que Pepe respondió con toda confianza:

—Una enfermera.

—¿Y de dónde conoces, tú, una enfermera?

—En realidad no la conozco. O a lo mejor sí. No lo sé.

—¡Ay, cabrón, estás grueso! Expílicate, pinche Pepe, que no entiendo ni madres.

Pepe se reacomodó en su equipal, sentándose al borde del mismo:

—A ver, ¿conocer a alguien en sueños es conocerlo de verdad?

—¿En sueños, sólo en sueños? —preguntó Argel, intrigado.

El bailarín se extiende junto con la flor que lleva en sus manos y la flor se convierte en una joven mujer. La mujer aparece vestida con su atuendo de enfermera: una blanchura que va de pies a cabeza, pues calza zuecos blancos y la corona su cofia. El bailarín hace mutis por un extremo del escenario y la enfermera avanza en medio de una hilera de árboles. Avanza hacia él y, de pronto, Pepe se da cuenta que ella no toca el suelo, que se desplaza levitando sobre un piso cubierto de hojarasca.

Karana y Padmini regresaron con kilo y medio de barbacoa, consomé, aguacates, pápalo, ensalada de habas verdes con nopales, tortillas azules, salsa borracha y ocho merengues como postre. Regresaron felices de haber andado por las calles sucias, entre los edificios opulentos, si bien algunos maltrechos, del centro de la ciudad de México, y por haber comprado en la Fonda de Don Chon esa exquisita barbacoa y los merengues elaborados con pulque, como antaño. De la barbacoa eligieron la espaldilla y un poco de costillar. Partes suaves, aromáticas, lubricadas por la grasita que escurría por los bocados más codiciados. Después de yantar, se instalaron en los equipales para regalarse con los merengues y fumar mariguana en una pipa de agua que Argel había comprado días atrás en La Lagunilla. Karana sacó del refri las cervezas y de un mueble de madera apolillada cuatro vasos. Sirvió las serpentinas bien helodias y los cuatro amigos fumaron y bebieron para irse poco a poco deslizando por una embriaguez suave, lenta, cercana al sueño. Bolera amorosa, porque Argel se colocó a los pies de Padmini, y Pepe, impulsado no por un apetito de emulación, sino por

una ola de intenso amor, se acomodó a los pies de Karana. Ella calzaba unos zuecos blancos —“qué curioso, pensó él, como la enfermera de mi sueño” — y al ver a Pepe a sus pies ella, que tenía las piernas entrecruzadas, dejó que el zueco derecho resbalara hasta el piso y acercó su pie desnudo a los labios de Pepe y él por primera vez, y con cierta timidez, besó la curvatura del empeine de su amada. Karana y Padmini intercambiaron miradas cómplices, y un rápido movimiento acometió sus pestañas.

XV

El pestañeo oscuro

Las mujeres-loto se asomaron al templo de su propia adoración. Karana se sentó en la Tabla de Esmeralda. Un sueño habló por teléfono al trébol de cuatro hojas. Padmini cerró sus ojos. La narcótica noche abrió los suyos y se ajustó las bárbaras enaguas.

XVI

Estoy, mamá, hasta la madre. En el baño vi cómo mi cara se convertía en el hocico de un coyote. El coyote cojo de las nalgas pintas, jajaja jijiji, ¿cómo la ves, mamá? Toque y rol. Toque y rol. Así estuvimos toda la tarde, y bebiendo cerveza y Sangre de Cristo. Estuve con Argel, Padmini y Karana; estuve con ellos. Toque y rol. Pero lo más curioso, para la oreja, mamá, para la oreja: lo más curioso es que aún no los conozco. Algo se rompió en el suceder del tiempo. Me puse hasta la madre y entré por un agujero negro de mi propia mente. Ave María, escúchame; Ave María, escúchame madrecita Tonatzin: en esta pachequés desorbitada vi también un ángel: miles de rosas llovieron, una cascada de rosas para enmarcar su aparición. De un cielo líquido de rosas descendió ella: Vestida de blanco, con sus zuecos y su cofia blanca y —esto es importantísimo— sus ojos enormes de belleza arábica con unas pestañas grandes, archinegras, coreográficas —el pestañeo oscuro—. Llevaba con ella su esfigmománometro, porque ella, Ave María, madrequita Tonatzin, es una Enfermera Celeste que sana el cuerpo y el alma, y descendió para medirme la presión. Las rosas llovían sobre nosotros, porque es fama que donde ella se aparece se da el prodigio de las Rosas de Castilla. Me tomó la presión y de pronto el aire se puso a ulular y el ruido del aire era la voz de ella y me decía:

—Está bien tu presión. Puedes seguir quemando.

Me quedé anonadado, estupefacto, peripatético, de que la Enfermera Celeste (¡qué buena onda!) me diera permiso para seguir quemando. Con las dos manos cruzadas sobre el pecho, te digo madrecita Tonatzin que tuve esta experiencia cuasimística y descubrí que el cielo puede estar en cualquier parte. Basta con que ella esté presente y hasta un sanatorio, porque ella mora en los sanatorios, puede ser el cielo. Y al verla, y al escucharla, y al entrecerrar sus ojos de belleza arábiga, y cuando se ponía de perfil, yo quería besar sus pies, pero temí que le pareciera un gesto excesivo, como el de un desesperado personaje dostoievskiano, así que sólo besé una pequeña cicatriz que ella tiene en la mano derecha. De todas las vidas que tengo, que he tenido, de todos los sueños que he soñado, sueño y soñaré, aqúeste es el mejor. Es un sueño de oro con monedas de plata cosidas en su manto.

“A través de los mares te siento”, dijo de pronto una voz cantante que bajó del cielo.

XVII

Pepe se levantó. Sacó su paliacate y con él se frotó la cabeza, el rostro, los brazos. En esa celda siempre en penumbras y sin agua corriente era la mayor higiene que podía procurarse. Por lo menos eso pensaba él, hasta que aparecieron unos custodios portando una tina metálica con agua, algunos estropajos y dos pastillas de jabón.

—Ora mugrosos, pa que se asean un poco —dijo uno de los custodios.

Ramón, Víctor y Polo se aproximaron para recibir la tina y colocarla en un rincón de la celda. Pepe recibió los estropajos y los jabones. El agua estaba muy fría, pero los reclusos la agradecieron y el baño colectivo se volvió una pequeña fiesta. Se dieron un baño de estropajo, pues había que cuidar el agua escasa. Pero terminaron jugando como niños a hacer que el agua jabonosa rebotara en los cuerpos de Víctor, Pepe, Ramón, Polo, los dos mecánicos y el guerrillero del MAR: siete muchachos desnudos atados a la rueda de nacimientos y muertes, viviendo la cosecha dolorosa sembrada tal vez en otra vida.

Encuerado y escurriendo agua Pepe se arrimó a la pared, colocó sobre ella su frente y habló, sus labios rozando el muro:

—Enfermera Celeste.

—¿Quién es Celeste? —oyó la voz de Polo, que se había aproximado a él.

—No, no lo sé —respondió titubeante—. Unos ojos, una mano, unos zuecos blancos... Un sueño que ha comenzado a humear en mí.

Lo que Pepe no dijo ni a sí mismo fue que en medio de esa algarabía de cuerpos desnudos que se estremecían con el agua casi helada y daban saltos jabonosos, de pronto vio una entidad ectoplásmica: la Enfermera Celeste, hecha casi de humo, caminó por la celda, se detuvo un breve instante, le guiñó un ojo y se internó en un muro.

XVIII

Sus presencias se perdían entre los matorrales. Sólo se oía el estallido de los golpes. Una claridad inútil manchaba el cielo. El más golpeador tenía cara de conejo color caramelo. Una salvaje granizada de golpes. Sangraban los cabellos negros. Se oían gritos como chillidos de pájaros. Hasta la niebla parecía quejumbrosa. Era la Brigada Blanca con sus ansias de tortura. Una visión cinegética. ¿A cuántos kilómetros por hora hacia el dolor? El jefe de los agentes policiales interpretaba ancestrales furias. “Ansias de aniquilar sólo siento, y sonrío entre los muertos”, dijo para sí mismo. “Piel nuevas para mis aprendidos martirios”, agregó. Se lanzó después, dando gritos, sobre el guerrillero. En su sueño de lagarto comenzó a husmear en sus entrañas.

¡Oh, guerrillero anónimo, la muerte suelta sus monstruosas escamas!

XIX

La del 6 de febrero de 1972 fue una mañana extrañamente cálida y de cielo despejado en la ciudad de México. Fue un domingo de primavera anticipada que pronto se quebraría entre balas como un enjambre de furiosas abejas. Fuera del partido de fútbol Atlante-Universidad, nada parecía conmover a la ciudad. Tres jóvenes cuchicheaban en una banca del casi desierto parque México, en la colonia Condesa. Los policías preventivos Sotero Tobón y Andrés Márquez descendieron de la patrulla 314, y se dirigieron hasta donde conversaban los tres muchachos. Al ver venir a los agentes —narraría el parte policiaco—, dos de los tres jóvenes desfundaron sus pistolas y dispararon. Márquez murió en el acto, mientras que Tobón, herido, alcanzó a sacar su arma y disparar. Otro agente, Diego Velázquez, quien supuestamente sólo pasaba por el lugar, baleó a uno de los jóvenes. Según el parte policiaco éste estaba a punto de rematar a Tobón, quien se desangraba en el suelo. El muchacho era Raúl, exmiembro de la Juventud Comunista, buscado por la policía por su participación en “expropiaciones bancarias” ocurridas en el Distrito Federal y Monterrey. Cuando Raúl recibió los impactos, el horizonte se estremeció y el parque México se transformó en la Calzada de los Muertos. “No fue nada, fue un rozón”, dijo Raúl *el Insurrecto*, pero el sol ya preparaba sus vestidos de luto porque repentinamente

la mañana se nubló. Herido de muerte, Raúl fue llevado en vilo por uno de sus compañeros, que continuó disparando hasta vaciar el cargador de su Smith & Wesson, pero ambos fueron copados por la policía: los andadores del parque se hicieron cada vez más largos y ese fragmento de ciudad se detuvo en una larga hora, en un tiempo sin tiempo. La sombra de la ciudad se les vino encima y los dos muchachos le pelaron los dientes a sus calaveras. Como un vapor repentino, la muerte con lentitud cubrió los pastos del parque México y aun se elevó hacia las superficies planas, rectangulares, de los edificios de departamentos. Raúl se perdió en un pausado deshacerse de sí mismo: los disparos ya no le daban sonido alguno, se le apagó del todo la luz solar, el arma se le derritió entre las manos, de bajo sus pies el piso se escurría y como en desmayo se desvanecieron todos sus recuerdos, todas sus certezas, disipándose todo en nada, “y ni aun la conciencia de la nada te quede siquiera como fantástico agarradero de una sombra”.⁴ El tercer muchacho, Heber, quien encabezaba una célula de apoyo a la guerrilla, conocida como los Tábanos, célula que aún no se incorporaba a la lucha armada, logró huir y refugiarse en la casa de Portales, donde unas horas después fue detenido en compañía del resto de los Tábanos.

⁴ Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*.

XX

Por todo el bar, como un perfume tenue, se extendía la música. Era Amparo Montes, cantante chiapaneca con apelativo lorquiano, cantando “cosas que suceden, que suelen pasar”, de Agustín Lara, acompañada por la trompeta del Chino Ibarra. “Mil veces he tratado de olvidarte”, armonizaba Amparo Montes y después el Chino arremetía con un espléndido solo de trompeta. Pepe libaba un coctel margarita en el rincón más apartado. Esparciendo un exótico aroma a sándalo Karana entró partiendo plaza. Las miradas de varios hombres de trajes gris Oxford, azul marino o de plano un sincero color negro, siguieron su andar entre las mesas achaparradas, colmadas de vasos, botellas y botanas. Karana lo saludó con un beso en los labios, se sentó y habló, exaltada:

—¡Esto ha de ser obra del demonio, no me lo explico de otra manera!

—Cálmate, Kara, calmantes montes pájaros cantantes y nos amanecemos.

Se aproximó el mesero y Karana le pidió “lo mismo que el señor”. Pepe tuvo así una tregua para contemplarla. Muy bella se veía al borde de un colapso nervioso, con su conjunto verde limón de blusa, pantalón pescador y un blazer azul cielo. Calzaba sandalias blancas y las uñas de manos y pies iban celestialmente esmaltadas. Esos tonos suaves

resaltaban su belleza y Pepe pensó que todo ese atavío no “combinaba” con su hiperbólico dramatismo.

—¡Cómo quieres que me calme! ¡La policía se llevó a Argel!

—¿Se lo llevó? ¿A dónde? —preguntó Pepe atragantándose con su margarita.

—¡Cómo voy a saberlo! Tú eres el experto. Ya anduviste en esos trotes. Tú debes saber a dónde se los llevan.

—Pero cómo, Kara. Lo que pasó conmigo fue hace nueve años. Y por cuestiones políticas. ¿Por qué detuvieron a Argel?

—Pues por posesión de drogas, supongo. ¿Por qué más podría ser?

—¿Y Padmi?

—Anda de pata de perro. Se fue a Querétaro a vender sus collares.

—Es decir, no sabe lo que pasó.

—No, pues todavía no. Cuando se entere va a enloquecer. Ella está perdida sin su Argel —dijo Karana mirando fijamente a Pepe.

—¿Por qué me ves así?

—¿Así, cómo?

—Pues así, así, medio raro.

—Bueno, eso ahora no importa. Primero lo primero, y lo primero es resolver esta bronca.

—¿Y qué vamos a hacer?

—No lo sé. Se te tiene que ocurrir algo, Pepe, por favor.

Ordenaron otros dos margaritas y Karana le explicó que lo había citado en ese lugar tan ajeno a sus gustos ya que en la agenda de Argel, que encontró tirada en el departamento, leyó que él tenía una cita en el bar del hotel Diplomático con

un tal Carlos de la Torre, a las once de la noche. Y dos horas antes, porque el asunto según los vecinos fue al filo de las nueve, la policía llega, lo detiene y deja un tiradero de los mil demonios. Una nota en la agenda, al lado del nombre Carlos de la Torre, llamó su atención: *se cortará la barba*.

—¿Se cortará la barba? ¿Y eso qué? —preguntó Pepe.

—Un hombre que ha usado barba durante mucho tiempo y de pronto se la quita, pues en algo se le ha de notar.

—No creo, no sé, a lo mejor.

—Hay que estar bien truchas. Un tipo estrenando cara es nuestro hombre. ¡Tenemos que hablar con él!

Viéndolos uno por uno los varones que poblaban el bar nada tenían de notable. Más aún: parecían estar cortados por la misma tijera. Burócratas de cierta jerarquía, empresarios de cierta prosperidad, caballeros medianamente felices, narcotizados por la sensación de haber tenido o estar teniendo éxito en lo que ellos llamaban la vida. Inclusive Pepe parecía uno más de esa tribu: vestía un traje azul marino y camisa y corbata negras; cuando Karana le telefoneó le dijo que tenía que trajearse, si no, no lo iban a dejar pasar al bar del Diplomático. Las mujeres eran, como siempre que se reúne un conglomerado de personas, más disímiles entre sí. Las edades, los atavíos, las maneras, los maquillajes, las hacían más diversas; es decir, más divertidas. ¿Pero cómo saber entre tanta medianía hombruna quién era Carlos de la Torre? Karana, que ignoraba qué iba a resultar de ese encuentro y, por lo tanto, tenía miedo, no quiso usar el recurso de pedirle al capitán de meseros que les localizara al señor Carlos de la Torre. O bien, que lo vocearan anunciando que lo esperaban en la recepción del hotel. Tenían que distinguirlo entre

el montón, aproximarse a él y en voz baja, como conspiradores, decirle que iban de parte de Argel.

Entre aplausos entusiastas terminó el espectáculo de Amparo Montes y el Chino Ibarra; los espléndidos artistas se fueron llevándose su perfume musical, amalgama (o fusión, como dicen los enterados) de bolero, jazz y blues, y el bar se llenó del murmullo de las conversaciones, tintineo de vasos y algunas explosiones de risa. Karana y Pepe bebían su segundo margarita muy atentos al trajín del bar, cuando en el umbral vieron a un tipo alto, frisando los 45 años, corpulento, rapado y rasurado con tal determinación que se había hecho dos cortadas en el rostro: una bajo la nariz aguileña y otra en la parte izquierda del mentón. Pero lo que realmente los convenció de que era el esperado, fue la arracada de oro que usaba en el lóbulo de la oreja izquierda. Su traje tampoco era convencional: de un azul casi morado (“hay azules que se caen de morados”) y confeccionado en dril, y no en algún tipo de casimir, como era de esperarse.

—Ese tipo tiene toda la pinta de ser amigo de Argel —dijo Pepe, señaládoselo a Karana con un movimiento de cabeza.

—¡Ése es, sin duda, si sólo le falta prender un toque! —sentenció Karana, embellecida por su franca sonrisa.

—¿Vas o voy? —inquirió Pepe.

—No, pues ve; si voy va a pensar que soy una “mariposa de bar”.

—¡Bájale a tu Bukowski! Voy por él.

Pepe se levantó y besó la cabellera de Karana, peinada de raya en medio, lo que la hacía parecer una cantante de folk-rock. Atravesó el bar y se acodó en la barra, al lado del esperado, que acababa de pedir un caballito de tequila con sangrita.

La habitación 302 era amplia, decorada con reproducciones de Kadinsky, tenía una pequeña sala y una cama con una cabecera maravillosa de madera labrada representando faunos, sátiros y ninfas o sílfides en plena orgía. Era una joya del XIX. Carlos de la Torre, que era norteño de Gómez Palacio, Durango, les dijo con marcado acento y evidente satisfacción:

—¡Cómo ven! Sólo por contemplar este alucine de cabecera pido siempre este cuarto.

—No, puta, es un viajesote. Está súper chingona —aceptaron sin titubeos Karana y Pepe.

—De verdad, vatos, ¿ustedes no son tiras?

—¿Tenemos facha de tiras? —preguntó Karana, ofendida.

—No, la neta no; pero a saber cómo se las gasten aquí en la capirucha. Aquí el más chimuelo masca tuercas.

—¡Y el más manco es malabarista, pero caray, Carlos, tennos confianza! —dijo Pepe en el tono más convincente posible.

—Bueno, voy a creer en ustedes —cedió el recién rasurado con su dicción norteña y se agachó para sacar un cartón de cerveza de debajo de la cama. Lo puso sobre la colcha y lo abrió, y entonces vieron un espectáculo atroz, fascinante, casi obsceno: decenas de cabezas jíbaras llenaban la caja. Esas monstruosas cabezas de infortunados cristianos cortadas y reducidas por los indios jíbaros amazónicos mediante la cocción en una mezcla de yerbas secretas, y con los labios y los párpados cosidos y que, como bien se sabe, los pelos les siguen creciendo y les mana un jugo muy asqueroso, muy hediondo. Una peste nauseabunda que los tres advirtieron.

—¡Qué cosas más horrendas, esto es peor que traficar con drogas! —exclamó Karana.

Carlos de la Torre les explicó que había conseguido esa media centena de cabezas jíbaras en su último viaje a la Amazonía. Se las había comprado a un chamán anahuaca y se le había ocurrido que Argel podría ayudarlo a venderse las a “gente interesante” en la ciudad de México. Le llamó desde Gómez para concertar una cita y quedaron en lo que quedaron. ¿Qué había pasado? ¿Cómo se enteró la policía? Eso estaba para él en el más absoluto misterio.

Dieciocho horas más tarde, a las seis, pasado meridiano, de un sábado septembrino escandalosamente caluroso, en el departamento de la calle de Regina se reunían Argel, Pepe, Karana y Padmini para reconstruir los hechos. Argel tenía aún las huellas de su estancia en los separos policia-cos. Estaba ojeroso, somnoliento, papujo y había bajado kilo y medio de peso. Él y su audiencia se acomodaron en los equipales con sendos vasos de vino, no sin antes poner en el tocadiscos un elepé de Sonny Boy Williamson en bajo volumen, de tal manera que el blues fuera tan sólo fondo musical y les permitiera escucharse. Argel dio inicio a su relato:

—Conozco a Carlos desde la prepa y después estuvimos juntos en la Escuela de Diseño y Artesanías. Fuimos muy amigos y hasta montamos un taller de arte y diseño. Luego él se regresó a Gómez, donde parece que le ha ido bien; además sus padres tienen su dinerito, son dueños de varias paletterías en Gómez y de una fabriquita de hules y plásticos en Lerdo. Él se dedica a los negocios de la familia, pero se da tiempo para pintar, diseñar y alimentar su espíritu aventurero viajando a la sierra Tarahumara, la selva Lacandona y, como ya saben, al Amazonas. Hace cosa de mes y medio me habló para contarme que un chamán anahuaca le había

obsequiado una auténtica cabecita jíbara y que la tenía colgada de los pelos en su cuarto. Yo le dije que cómo no le había dado unas cincuenta, para venderlas entre el personal más grueso del defectuoso. Quince días después me volvió a llamar para decirme que ya tenía las cincuenta cabecitas, que como la idea había sido mía quería que compartiéramos el negocio, que le ayudara a realizar el material en el de efe. “Están de alucine, vato, verdaderamente sicodélicas”, me gritó por el auricular.

”Resulta que el muy cabrón se puso a chambear en friega loca y sacó un molde del original e hizo en una goma plástica las cincuenta que ustedes vieron, y tal parece que las hizo muy bien, y no sólo eso: en Gómez las paleterías comenzaron a vender paletas jíbaras de chocolate, vainilla y fresa con enorme éxito. Y ésta es la real y verdadera historia del caso de las cabezas jíbaras. ¿Alguna pregunta?

Concluyó Argel su alocución, le dio un trago a su vaso de vino y se sumergió en su equipal.

—¡No, no, no! —dijo enfática Padmini y agregó—: faltan cosas, faltan muchas cosas.

—Pues sí, faltan muchas cosas —aceptó Argel— pero me da güeva platicarlas —se disculpó.

—¡Pues depón tu güeva! —arremetió Padmini. —El día de los acontecimientos —reinició Argel su historia— fui temprano al aeropuerto, a recibirlo. Llegó pelón y con una barbota de patriarca bíblico. Nos tomamos un café en el Wings y me informó que el material estaba de poca, que tenían un terminado de una laca especial que les daba un aspecto absolutamente real y que olían del carajo, como suelen oler las verdaderas. Después hicimos la cita y al

despedirnos, me advirtió: “Ah, me voy a cortar estas barbotas. No me vayas a desconocer”.

Argel se volvió a callar, le dio otro sorbo a su vino y se encogió de hombros. Padmini se levantó de su asiento, caminó en un movimiento de rotación alrededor de él, de pronto se detuvo y lo encaró:

—¡Carajo, pero nada de lo que has dicho explica por qué te detuvieron! ¡Y luego por qué te soltaron así como si nada!

El rostro de Argel se ensombreció y dijo lacónico:

—Carlos es narco y, además, trabaja para la policía. Le dicen el Norteño. A ver, díganme, ¿qué pasó en el hotel? —demandó Argel dirigiéndose a Karana y Pepe.

Los interrogados comenzaron a hablar atropellándose, hasta que Pepe cedió y Karana narró todo lo acontecido en el Diplomático, hasta llegar al punto en que Carlos prendió un toque y con gran calma les dijo:

—No se agüiten, yo aliviano este pedo. Es una confusión enorme. Nomás nos fumamos este churro, ustedes se van a su cantón y les aseguro que para mañana Argel estará otra vez en circulación.

—Pues sí —dijo Argel—, arregló el pedo en un dos por tres. Los pinches tiras pensaron que el Norteño les estaba jugando chueco y que quería colocar conmigo un bonche de coca. ¡Eso fue lo que pasó! Se confundieron los putos. Los pinches putos.

Al decir esto, una enorme tristeza se apoderó de Argel. La lengua es instrumento muy apto para vaciar el corazón.

XXI

La melancolía perjudica a la salud. Argel y Pepe vivieron sus crisis melancólicas. Los dos tuvieron sus torres baldías. Había una tristeza en sus aires metafísicos... Para Argel, el polvo del tiempo había fosilizado una vieja amistad que no resistió el embate de la realidad. Pepe, por una nota aparecida en el periódico, volvió a pensar en su padre muerto. Jesús Kramsky, único sobreviviente de la tragedia, daba las primicias de una novela que estaba escribiendo sobre tan funesto hecho. Así que volvió a pensar en su papá y para torturarse más no comía y no dormía, y de tan mal dormir y tan poco comer pronto dio con (en realidad recordó) la peregrina idea de que no había sido un accidente. Las 19 personas fallecidas en la caída de ese avión, 14 periodistas y los cinco miembros de la tripulación, habían sido asesinadas. Comenzó a recordar: el domingo 25 de enero de 1970 toda la familia se levantó de madrugada. La madre y los hijos despidieron al padre que tenía que estar a las cinco de la mañana en el aeropuerto de la ciudad de México, para continuar la gira de Luis Echeverría como candidato a la presidencia. Vio a su papá descender los escalones del portal de la casa. Antes de abordar el taxi, que ya lo esperaba, el padre dijo adiós agitando la mano en que llevaba el anillo por el que pudo ser identificado.

Después la familia se acostó de nuevo, pero él ya no pudo conciliar el sueño, de tal manera que se puso a deambular

por el corredor de escaques verdes y amarillos. Trataba de establecer todos los detalles del extraño y reiterado sueño de los últimos días:

La mano izquierda del durmiente cobraba vida propia y se separaba del resto del cuerpo. La mano recorría de pies a cabeza el cuerpo del durmiente, el cuerpo que —de alguna forma— había repudiado. Después, la mano saltaba al piso y en su brinco parecía un insecto monstruoso que tenía algo hasta diabólico...

Ring... ring... ring... Sonó el teléfono a las siete de la mañana.

Pepe sintió un breve, minúsculo, casi imperceptible mareo. Al través del auricular la voz del amigo de su padre, desde un principio alterada se iba haciendo cada fracción de segundo más inquieta, angustiada, alarmante:

—El avión se estrelló muy cerca de Poza Rica. A diez minutos de aterrizar. Parece que no hay sobrevivientes.

Pepe fue quien le dio la noticia a la mamá.

La noticia fue confirmada por los noticiarios matutinos, de radio y televisión. La mamá y los hijos se sumergieron en una inefable pesadilla colectiva. El avión se partió en dos. Era muy difícil la identificación de los cadáveres. Había un sobreviviente. Jesús Kramsky, que no se había abrochado el cinturón de seguridad, salió disparado del avión.

Oyó un trueno.

Vio un fognazo.

Después, nada.

Cuando emergió de la nada, Jesús se arrastró, con las dos piernas hechas añicos, entre una humareda que olía a carne asada. A una distancia que no podía precisar, algo se incendiaba.

Poco a poco se fue topando con los cuerpos destrozados de sus compañeros: Mario... José... Gerardo... Rafa...

Cómo se viene la muerte, tan callando...

Y ni tanto, porque Jesús hasta el día de su verdadera muerte recordará el trueno que anunció la tragedia. Antes de perder otra vez el conocimiento, para recuperarlo días después en una sala de terapia intensiva, Jesús, con su propia sangre, en un papel ajado, escribió un llamado de auxilio.

Un par de campesinos recolectaban leña por el monte, cuando oyeron una fuerte explosión y vieron cómo la aeronave caía envuelta en llamas.

(Llueven metales, carnes y osamentas calcinadas)

Lo que envenenaba a Pepe era la sospecha de que el avión no se había caído por un error de pilotaje, como se prescribió de manera oficial. Los campesinos declararon a un reportero de la edición vespertina de *El Sol de México* que el avión *había estallado en vuelo. Estallado en vuelo*. Ningún otro medio se hizo eco de esta versión. Inclusive, al día siguiente, la edición matutina de *El Sol* sólo daba la versión oficial: error de pilotaje. Nunca más, nadie, volvió a acordarse de los campesinos. Pepe recordaba, en su estado melancólico, muchos dichos y escenas del velorio, que se realizó en la funeraria Gayosso de Félix Cuevas, pero quería quedarse nada más con dos o tres momentos: 1) cuando fue abrazado por sus amigos, Ramón, Víctor y Polo; 2) cuando Víctor lo acompañó para escribir algún mensaje en la libreta que para esos menesteres colocan en las antesalas de las capillas ardientes. Escribió *Hasta la victoria ¡siempre!*, y 3) cuando escuchó a alguien afirmar, tal vez un colega de su padre, que *ya se había acallado la versión de los campesinos*. “Acallado”.

—Si no fue accidente, ¿qué fue entonces? Dinos, Pepe, y sal ya de esta depresión —le demandó Karana.

—Fue un atentado —respondió lacónico.

—¿Perpetrado por quién? —intervino Padmini.

—Por un grupo de padres cuyos hijos fueron asesinados el 2 de octubre del 68.

Y Pepe narró que los deudos de los periodistas muertos ese 25 de enero de 1970, no quedaron conformes, sobre todo las viudas, con la explicación oficial. La viuda del piloto reiteradamente afirmó *que era una canallada achacarle toda la responsabilidad a su marido, que había sido un piloto altamente experimentado*, y más se incrementaron las dudas cuando se enteraron que en el avión caído iba a viajar Luis Echeverría, y que minutos antes de despegar los coordinadores de la gira decidieron el cambio. Es decir, ya los periodistas estaban ocupando sus asientos cuando, por supuestas razones de comodidad, se les pidió cambiar de aeronave. Se les argumentó que el candidato, pensando en ellos, les sugería volar en el avión, en principio, destinado a él y su comitiva, porque era el de mayor capacidad y su comitiva en realidad era muy pequeña. Que ellos, los periodistas, eran más y habría más espacio para sus cámaras y demás enseres. Los periodistas aceptaron el cambio, algunos a regañadientes.

Las viudas comenzaron a reunirse. En casa de la señora Rojas, en casa de la señora Porras, en casa de la señora Rosita, en casa de la mamá de Pepe. Tenían muchos asuntos comunes que tratar: las indemnizaciones que ofrecían los periódicos, la pensión del Seguro Social, el apoyo económico del PRI. La mayoría ofrecimientos que se cumplieron a medias o que no se cumplieron en absoluto. Y en esas reuniones se

comentaban muchas cosas más. Entre ellas que un periodista que se decía amigo de los interfectos, pero que ninguna de las viudas recordaba, y que trabajaba en uno de aquellos perioducuchos que en el medio llaman católicos, porque salen cuando Dios quiere, corrió la especie de que él, inconforme también con la versión oficial, se había puesto a investigar lo sucedido y dio con un grupo de padres cuyos hijos fueron muertos el 2 de octubre, masacre de estudiantes de la que sin duda alguna Luis Echeverría (a la sazón secretario de Gobernación de Gustavo Díaz Ordaz) fue, cuando menos, corresponsable, y estos padres dolidos y desesperados complotaron, reunieron recursos financieros, se infiltraron en el PRI; es decir, realizaron toda una labor de inteligencia y por fin sobornaron a un mecánico para que, entre los paquetes de bocadillos que se iban a ofrecer en el vuelo, colocara una bomba de material plástico.

Así que la sangre de inocentes derramada en la Plaza de Tlatelolco, entre otras la sangre de la jovencísima edecán —de tan sólo 18 años— de los Juegos Olímpicos, de quien el poeta Juan Bañuelos escribiera: “¿De qué materia fuiste / que las balas no destruyeron tu belleza?”, reclamó, convocó más sangre de inocentes: las 19 personas muertas el 25 de enero de 1970.

XXII

Hay una grave enfermedad en el mundo moderno: la enfermedad del olvido. Los acontecimientos, por luminosos o terribles que nos parezcan en un principio, se olvidan cada vez más rápido y se quedan solos, en las páginas amarillentas de los periódicos, arrumbados en las hemerotecas. En algunas personas, en ocasiones, perviven los sucesos que alguna vez fueron la noticia del día. A veces permanecen soterrados, ocultos en algún cajón de la memoria y, de pronto, algo los hace relucir de nuevo en los primeros planos de la conciencia. Así que Pepe se pasó varios días más recordando a su padre: siempre vestido de traje oscuro, camisa blanca de cuello almidonado (como ya no se usa), de corbata delgada (como tampoco se estila), gris o café o de rayas azules, rojas y moradas. Siempre con el cigarrillo en la boca (Delicados sin filtro) y casi siempre con la sonrisa en los labios. Lo recordaba ante su máquina de escribir, percutiendo las teclas usando tan sólo dos dedos, redactando sus artículos y reportajes o componiendo sus poemas. O bien: con la copa en la mano platicando con sus amigos o discutiendo acaloradamente o jugando ajedrez o dominó. Recordaba su sonrisa plácida, suave, dulce, que sabía prodigar a su mujer y sus hijos aderezada con caricias de sus manos blancas y delgadas, casi femeninas y, sin embargo, sabía que ese hombre era capaz de iras explosivas. Lo había visto, en plena fiesta, golpear a un

pretendiente de Delina y había escuchado, y escucharía por muchos años más, las correrías cantineriles que platicaban los amigos de su papá, tal vez exagerando notablemente la nota. Le convirtieron a su padre en una figura mítica y de pronto Pepe ya no supo cuál era la realidad y cuál el mito: *en una cantina un militar lo iba a matar, y Joseíto puso su dedo índice taponando el cañón de la pistola, advirtiéndole al soldado que si disparaba el tiro le saldría por la culata... Se bañó desnudo en la pila de Chiapa de Corzo* —cuando aún no se casaba y vivía en Chiapas—, *en la fuente mudéjar que imita la corona de Isabel la Católica*; entonces era miembro de una pandilla y le apodaban Nube negra... *Tenía amigos entre los ladrones de la Guerrero y la Morelos* —estando ya casado, con hijos y ejerciendo como periodista— *y cuando se embobaba se iba con ellos a robar casas en las colonias residenciales de la ciudad de México...* Lo que sí le constaba a Pepe, es que el 2 de octubre de 1968 su padre estuvo en la Plaza de las Tres Culturas cubriendo el mitin para *El Heraldo de México*, y llegó a la casa de Portales en la madrugada, sin un zapato, maltrecho, con el saco raído, con una granada de gas lacrimógeno en las manos, granada que tuvo a bien obsequiarle a Pepe como recuerdo funesto que el adolescente (Pepe tenía 15 años) hizo rodar por el corredor de escaques amarillos y verdes provocando que el artefacto liberara sus químicos (lo poco que quedaba de ellos) suficientes para dar como resultados que todos, con los ojos llorosos y picazón en el rostro, tuvieran que evacuar la casa.

Como sucedió con la toma de Ciudad Universitaria por parte del Ejército, los periodistas que cubrían las fuentes políticas fueron citados en la Secretaría de Gobernación y

trasladados en camiones militares *al objetivo*, en este caso el mitin en Tlatelolco; en el camino un oficial les advirtió que el asunto *se iba a poner feo* y les pidió a los periodistas que, a manera de contraseña se quitaran las corbatas y las colocaran en el bolsillo superior de sus sacos, dejando por fuera una lengua de tela. Aun así, en el momento del alevo ataque varios periodistas fueron golpeados y heridos, de tal forma que el padre llegó a casa en las condiciones ya descritas, pero llegó también con una larga lista de números telefónicos, muchos de ellos de provincia, y se pasó más de tres horas llamando por teléfono para avisarle a los padres que sus hijos habían sido detenidos por los soldados o por la policía.

XXIII

Dice lo suyo y no espera respuesta. Simplemente se va hacia la noche, dueño de la azotea que lo acoge con el brillo de las botellas rotas, como si fueran otro manto estelar. La ropa, que se quedó tendida, medio iluminada por la luna, asemeja fantasmas danzarines, pues un ligero viento la agita. Dice a Ramón, a Víctor, a Polo, pero no espera la respuesta; se va hacia la azotea, dueño de la noche que lo acoge con el brillo lejano de sus estrellas. Por vez primera ha diferido de sus amigos y se ha sentido bien, más fiel a sí mismo, porque les ha dicho *no estoy de acuerdo*. Están reunidos en un cuarto de servicio, en la azotea de un edificio de la colonia Vértiz-Narvarte. Hay un catre, una mesa de madera y cuatro sillas, sobre la mesa una pizza familiar y tres caguamas. Mientras discuten, beben cerveza y comen pizza. Ramón y Víctor realizaron un cuidadoso análisis de la nueva situación, una autocrítica de sus errores como grupo y plantearon toda una nueva táctica y estrategia para reincorporarse a la actividad política. Tenían poco más de seis meses de haber salido de su prisión clandestina y se reunían, después de esa experiencia trágica y alucinante, por primera vez. Ramón había rentado ese cuarto y se había dejado crecer la barba; una barba rala, incipiente, que le daba la apariencia de un revolucionario vietnamita. Los tres amigos se sorprendieron cuando escucharon decir a Pepe que no estaba de acuerdo

o, más bien, que no estaba *dispuesto*. Aún había mucho dolor y miedo dentro de él, quería alejarse un tiempo, quería terminar la prepa y entrar a la escuela de periodismo, quería tener una novia, enamorarse y escribir poemas. Dijo lo que dijo y salió a la noche, se acodó en la barda de la azotea, prendió un cigarro y se puso a espiar la vida cotidiana de los departamentos vecinos: una familia cenando pan y leche; unos niños en pijama viendo la tele. Ramón y Víctor salieron también a la noche, se aproximaron a Pepe y se colocaron a su lado. Víctor puso su mano sobre el hombro de Pepe, Ramón le dijo:

—¿Quieres tener novia? Ya tienes una y no puedes vivir sin ella: la política.

Víctor añadió, parafraseando a su tocayo, Víctor Hugo, pues era muy dado a las citas literarias:

—¿Quieres escribir? Recuerda que las revoluciones las hacen los gigantes y las escriben las hormigas. Sólo la juventud es capaz de tanta retórica y Pepe estuvo a punto de ceder, pero entonces vio, en el comedor de la familia que cenaba, que una enfermera muy joven entraba a su campo visual para despedirse de sus padres antes de irse al trabajo. Era de rostro tan bello que sintió una conmoción interna. Era la Enfermera Celeste que giró hacia él su mirada arábica, haciendo girar también su cabellera como una flor de incendio. La enfermera se acercó a la ventana, de tal manera que Pepe la vio de frente, a unos veinte metros de distancia. Vio el tesoro de su rostro magnífico. Ella sonrió. Pepe sintió el galope de su propia sangre. Ella bajó una persiana y la cerró.

Pepe respondió a sus amigos:

—No. Quiero enamorarme de esa enfermera. Quiero escribirle a ella mis poemas.

Esa noche comprendió que hay un cielo más allá del cielo visible.

XXIV

—En tu cabellera reposa Dios, cuando está muy cansado —le dijo Pepe a Karana mientras le acariciaba los cabellos negro azabache, gracias a la magia de Revlon o alguna otra marca de tintes. Y si bien se trataba de una coloración cosmética, la suavidad, la densidad, el aroma de esa melena suyas eran y de ninguna otra.

—¿Y tú eres Dios? —preguntó Karana, risueña.

—No. Yo soy tu esclavo —repuso Pepe y deslizó sus labios por las piernas delgadas hasta llegar a las suaves plantas de los pies.

—¿Te gustan mis pies? —le preguntó Karana.

—Sí —aceptó él y de inmediato se puso a estimular con su lengua un punto exacto entre los ortejos primero y segundo del pie izquierdo de Karana, que comenzó a excitarse.

—¡Umm!, podría tener un orgasmo —dijo ella mientras con su pie derecho jugueteaba con el pene y los testículos de Pepe. Los pisaba, los acariciaba, les daba ligeras pataditas, paseaba sus dedos por el glande lubricado. El pene había alcanzado su máxima erección cuando Karana con un rápido movimiento se colocó a horcajadas sobre Pepe, se inclinó y comenzó a latiguarle el rostro con sus cabellos; poco a poco Karana se fue recostando y cuando estaba tendida sobre él en toda su extensión, como una gata le ensalivó el rostro a lengüetazos. Enseguida volvió a erguirse y acercó los vellos

del pubis a los labios de Pepe —un triángulo armónico, regular, de vellos güeros, húmedos y espesos, lo que hizo que él emitiera un gemido de deseo— entonces la lengua incurrió en la vulva, alcanzó el clítoris y lamió la almendra mágica, y persistió en las lamidas, hasta que Kara se transformó en una garza azul extendiendo sus alas.

Karana y Pepe platicaban aún abrazados, con las piernas entrelazadas, sintiendo él, todavía, algunas palpitaciones en el pene, algunos estremecimientos en su espina dorsal y, espaciadamente, besaba los senos de Karana con besos hechos más de ternura que de lascivia. Los senos de Karana eran más bien pequeños —mitades de naranjas, no de melones—, pero firmes, levantados, bien delineados. El izquierdo era un poco, casi nada, más grande que el derecho, y en el derecho la areola del pezón se prolongaba en una mancha lunar que no lo afeaba, sino que le confería mayor gracia. Karana decía que sus chichis eran dos volcanes: un volcán de fuego —el derecho pigmentado por el lunar— y un volcán de nieve —el izquierdo, de una blancura nacarada—.

A Karana le gustaba hablar de sus cuerpos. Le decía, por ejemplo, que *Federico* estaba celoso de *Miguel*, porque durante la cogedera *Miguel* había sido más besado. (En este dicho Karana, que hacía siempre del amor cosa de intensa poesía, hacía referencia a Federico García Lorca y Miguel Hernández, ¿o no?).

—¿Cuántos besos? —le preguntaba Pepe.

—Como diez —respondía Karana.

Pepe, para evitar envidias, daba diez besos contados al pezón izquierdo de Karana, que le decía a Pepe que tenían que buscarle un nombre al pene (*Tlacaélel*, propuso alguna vez

y lo volvía a tomar entre sus manos y la verga comenzaba a pararse y ella mandaba a volar sábanas y cobijas y desnuda iba por sus plumines y decoraba con diversos dibujos, mariposas, flores, el símbolo del yin-yang, el priapo goteante, lubricado. Una tarde Karana salió unos instantes de la habitación y volvió con una bandeja de agua caliente, jabón, toalla de mano, tijeras y un rastrillo desechable. Le pidió a Pepe, que yacía desnudo sobre la cama, que abriera las piernas, se sentó —ella también desnuda— a su lado, tomó entre sus manos el tallo del pene y comenzó a excitarlo; cuando sintió la respuesta procedió a mordisquear (con mordiscos más insinuados que dados) y a lamer el glande y cuando la verga había alcanzado una buena erección, dijo dirigiéndose a ella:

—*Tlacaélel*, te voy a rasurar.

—¿Qué?! —exclamó más que preguntó, Pepe.

—No estoy hablando contigo; estoy hablando con él, y lo quiero sin pelos —sentenció la mujer sonriendo con malicia.

Karana rasuró los genitales de Pepe: primero, con las tijeras, recortó los pelos; después enjabonó la zona y procedió a pasar el rastrillo con gran cuidado, concentradísima, acercando el rostro de forma tal que sus cabellos rozaban el miembro arqueado.

—¿Debo someterme a todo lo que se te ocurra? —le preguntó Pepe vencido, con la voz entrecortada.

Karana respondió lo que él anhelaba escuchar, mientras bajo el escroto estacionaba dos cubitos de hielo y se las ingeniaba para, con un paliacate, amarrar dos cubos más en el glande. Pepe se estremecía, casi se convulsionaba sintiendo una extraña mezcla, nunca antes experimentada, de dolor, placer y deseo. Karana tenía también sentimientos nuevos.

XXV

La Enfermera Celeste —cumpliendo así la profecía dada en un sueño: “Tal vez me encontrarás en todas partes”— comenzó a manifestarse en los sitios y las ocasiones más inesperadas, entrando y saliendo por los espejos, por las paredes, por las nubes y los hoyos mágicos del cielo. En el cine, en el restaurante, en el parque, en el trabajo, en un vagón del metro; siempre pasando, fluyendo como un río. Con plena corporeidad que terminaba por esfumarse.

Nadie la vio. Ahí no hay nadie. Es tan sólo una mancha en la pared. Pero Pepe, devoto, ve en ella la silueta de la Enfermera Celeste.

Baja del cielo —sonriente, deslumbrante— por una escala invisible, con su porte majestuoso a pesar de vestir siempre el uniforme de enfermera. Desciende en pleno Zócalo, a las seis en punto de la tarde, cuando los soldados arrian la bandera. Baja mientras tocan los clarines y los tambores militares. Sólo él la ve. Quiere acercarse a ella, pero un grupo de escolares, llevados por sus maestros a presenciar la ceremonia cívica, por un momento le impide el paso. Cuando los libra, ella ya no está. Donde debiera estar hay una rosa blanca que un distraído transeúnte está a punto de pisar. Pepe, su mano casi tropezando con el zapato del viandante, recoge la flor. En un puesto callejero le pide a la viejecita encargada que por favor le envuelva la rosa en papel de china.

La viejecita acepta sonriente y mientras cumple con destreza su tarea, le dice:

—Para proteger su lozanía. Hace bien, señor, porque es una rosa de belleza angélica.

—¿Cuánto le debo? —pregunta él.

—Nada —responde la mujer—: un favor es un favor.

Después, encamina sus pasos al restaurante México Viejo, a un costado de la Catedral Metropolitana. Tiene una cita para comer con Víctor, al que hace años no ve. Llega temprano, casi quince minutos antes, así que escoge mesa y pide un coctel margarita, anunciándole al mesero que espera a otra persona. Le sirven su bebida y mientras la disfruta —porque un margarita a las dos y media de cualquier tarde es altamente disfrutable— se dedica a observar el lugar: es amplio, bien iluminado, con una moderada ambientación en un estilo que los profesionales de la decoración han dado en llamar colonial mexicano. Al cinco para las tres llegó Víctor, pidió una cerveza Indio —se tomó tres— y Pepe otro margarita y luego una cerveza. Se decidieron por el menú ejecutivo: entrada de espárragos a la mayonesa, crema poblana, escalopas de ternera con una guarnición de verduras a la mantequilla, y de postre, chongos zamoranos y café. Las escalopas y las verduras a la mantequilla fueron un verdadero deleite, deshaciéndose en las bocas de los comensales como copos de nieve cálida que provocaban un cosquilleo dulzón en las papilas gustativas. Pero tal vez lo que más complació a Pepe fueron los chongos zamoranos acompañados de la cerveza oscura. Esa mezcla de sabores diacrónicos resultó maravillosa a su paladar. Sin embargo, lo sobresaliente de esta reunión no fue, desde luego, lo gastronómico, sino

que los dos amigos se reencontraban después de aproximadamente ocho años de no verse. Se saludaron sin mayores muestras de afecto, porque así era Víctor, un tanto reacio a mostrar sus emociones o a dejarse llevar por ellas. Pepe hubiera querido un abrazo, pero sólo se dieron un apretón de manos, si bien la franca sonrisa de Víctor indicaba que en verdad le daba gusto comer con su antiguo camarada. Víctor recién había regresado a México después de pasar casi ocho años en Europa: primero en España, estudiando Economía en la Universidad Complutense, en Madrid, y después haciendo un posgrado en Portugal. Físicamente, Víctor era el de siempre. De complexión atlética (Pepe recordó que en la prepa Víctor formó parte de la selección de lucha grecorromana y recordó también que cuando desnudos, vendidos y amarrados de pies y manos eran golpeados por los policías en La Vaquita, un agente, después de cada golpe, le preguntaba a Víctor si le había dolido y el interrogado invariablemente contestaba que no, entonces el madreador, vencido, exclamó: “¡Qué fuerte está este muchacho!”), con un buen macizo de cabellos negros y quebrados peinados hacia atrás, su nariz recta, su frente amplia y esa sensación de vigor y decisión que su presencia siempre le había transmitido a Pepe. Inclusive vestía como la última vez que lo vio (o cuando menos eso le pareció), con un pantalón vaquero de mezclilla, tenis azules de lona y una camisa muy campirana a cuadros blancos y azules. Era el Víctor de la prepa, “ahora me va a dar un mensaje del partido o me va a preguntar si ya por fin terminé de leer el *¿Qué hacer?*, de Lenin, y va a querer que lo discutamos”, temió Pepe por unos instantes, pero no, eso hubiera sido diez años atrás. El Víctor

de hogaño hacía cosas impensables en el Víctor de antaño: bebía cerveza, bromeaba y, ¡qué novedad!, se fumó un cigarrillo. También su visión política había cambiado:

—La cultura democrática que necesitamos construir debe incluirnos a todos y debe hacer de la política un instrumento maestro para llegar a acuerdos que permitan realizar las tareas pendientes. Debemos, como sociedad, comprender que no hay democracia, ni madura ni incipiente, que resista tanta iniquidad, tanta inseguridad, tanta barbarie, tanta ignorancia, tanta falta de sobriedad y moderación, como se da en México. El gran proyecto de la sociedad mexicana debería ser la aceptación y el respeto sin cortapisas de nuestra diversidad.

Ése era el nuevo choro político de Víctor con el que Pepe manifestó su más profundo acuerdo y que contenía dos grandes novedades: Víctor, antaño tan radical y tan dogmático —no hay más ruta que la nuestra / el que no está conmigo, está contra mí—, había descubierto —como tantos otros— la diversidad y la democracia. Brindaron con cerveza por esos nuevos paradigmas y por la construcción en México de una nueva izquierda; se acompañaron por las calles del centro histórico y comentaron su extraordinaria belleza; Pepe despidió a Víctor en el metro Allende, le obsequió la rosa (“llévasela a Mirna, de mi parte”), intercambiaron teléfonos y quedaron en llamarse.

XXVI

Los cuatro decidieron que necesitaban una asamblea plenaria para poner ciertos puntos sobre las íes. Se reunieron en la sala de siempre, ocuparon sus equipales y hablaron-hablaron-hablaron bebiendo agua de horchata hasta tomar varias y trascendentales decisiones: Karana y Pepe se vendrían, ya en definitiva, a vivir con Padmi y Argel; el departamento de Regina era amplio —tres cuartos, dos baños (uno de ellos con tina), antesala, sala, comedor, cocina y balcón—; Pepe tenía colaboraciones semanales en el suplemento cultural de *El Sol de México* y en la revista *Expectativas*, además de su taller de redacción en el Museo del Chopo y sus argumentos para historietas en Editorial Ejea, lo que permitía aportar cincuenta por ciento de la renta y quedarse con dinero suficiente para sus gastos personales y los de Karana. A Argel le iba bien económicamente, no le faltaba trabajo y cuando no estaba diseñando la portada de algún libro o disco, tenía el encargo de alguna escenografía. Por su parte, Karana y Padmini habían decidido hacer móviles, pulseras y collares para vender en el tianguis de Coyoacán y otros lugares. Así, la situación económica parecía resuelta. Pero había otro punto, muy importante, a tratar: Padmi y Argel les reiteraron su afición al BDSM, en su vertiente de domfem, y les advirtieron que algunas noches ella le ponía un collar y una correa y lo paseaba por el departamento; o bien, convertido

en su caballo, lo cabalgaba por todas las habitaciones en un aristotélico ejercicio de *equus eroticus*. Kara y Pepe ya sabían de estas prácticas, pero la pregunta era si estaban preparados para verlas sin burlarse, sin juzgarlos, sin perderles el respeto. Además, había otra cosa: en muchas ocasiones él o ella o ambos iban desnudos. Kara y Pepe respondieron que no sólo estaban listos para, dado el caso, presenciar estas *expresiones de amor*, como las llamó Karana, sino que inclusive estaban a punto de experimentarlas. Los cuatro se congratularon por estar tan de acuerdo en este asunto y decidieron que tendrían su propio club BDSM e hicieron un pacto: nada de lo que, en ese sentido, sucediera en el departamento, sería comentado fuera de esas paredes. Decidieron, también, realizar una ceremonia privada, muy exclusiva, de toma de collares, tan exclusiva que sólo estarían ellos cuatro. Padmi, que ya tenía tiempo fraguando el asunto, dijo haber elaborado un diseño y que no sería un collar —lo que le parecía demasiado aparatoso—, sino una discreta pulsera, y propuso que si a los cuatro les gustaba, los dos hombres usaran ese distintivo. Se trataba de una muñequera de piel negra, atravesada por una delgada cinta de gamuza solferina que en el centro se convertiría en un círculo, y en medio del círculo, en gamuza azul cielo, se vería la letra P, en el caso de Argel, y la K, en el de Pepe. Aprobaron el diseño y las mujeres anunciaron que ellas mismas fabricarían las pulseras, que las tendrían listas en una semana.

Al tercer día de esta reunión, Karana y Pepe estaban ya instalados en el departamento. A los ocho días, las pulseras estaban listas. A los diez días, se realizó *la ceremonia de toma de no-collares*.

XXVII

La presencia de la nube era un indicio de peligro. Así que las mujeres tenían los rostros sombríos, como *amapolitas moradas del valle donde nació*. La nube parecía una víbora larga, amenazadora sobre el azul del cielo, extendiéndose de cerro a cerro. Una nube tan blanca y tan compacta que de pronto parecía de plata. Para los campesinos estaba claro que mientras esa víbora argentada estuviese sobre la colonia, nadie podía ni debía estar tranquilo. La víbora apareció con los rumores de que la tropa acampaba muy cerca y se aprestaba para tomar la colonia. El Güero convocó a reunión urgente del Comité de Lucha. Ramón, Víctor, Polo y Pepe también estaban convocados.

La junta se reunió en el casco de la exhacienda, en el recinto que servía de habitación al Güero. Como se realizó por la mañana, las diecinueve personas reunidas recibieron, para desayunar, de las siempre diligentes mujeres del Güero un plato de peltre con tres tacos de tlacuache en adobo y frijoles, y un jarro de café de olla. Los convocados se acomodaron en el tapete hecho de petates cosidos entre sí y, mientras comían sus tacos, el Güero les puso al tanto de la situación.

Por el lado de la sierra se venían acercando varias patrullas del Ejército. No sabía con precisión de cuántos soldados se trataba, pero le decían sus informantes que eran más que

suficientes para cercar y aun tomar la colonia. Eran sardos bien fogueados, no escuincles en maniobras de entrenamiento, sino patrullas en misión de ubicar, reprimir y, dado el caso, suprimir a las bases de apoyo logístico de las guerrillas de Lucio y Genaro. Y en esta misión los soldados se excedían, atacando poblados y rancherías sin vínculo alguno con los grupos guerrilleros.

—¿Piensas que van a intentar tomar la colonia? —le preguntó al Güero un tipo alto y voluminoso, bigotudo y con un paliacate enredado al cuello.

—No pienso, estoy seguro. Y no van a intentarlo, la van a tomar —dijo el Güero con serenidad a pesar de la tragedia en cierne que sus palabras presagiaban.

—Los sardos saben muy bien —agregó el Güero ante el silencio generalizado— hacia dónde va o podría ir este movimiento. Una colonia surgida de una toma de tierras que eran nada menos que del hijo del gobernador; un poblado emergente que reúne a campesinos pobres de todo el país, que deciden nombrarla Colonia Proletaria Rubén Jaramillo y que, pa' cabarla de chingar, está en el perímetro de influencia de la guerrilla, básicamente la de Lucio, ¡a güevo que los sardos la van a suprimir!, como dicen ellos.

—Y falta otro elemento, Güero, la cereza del pastel —dijo otro campesino.

—¿Cuál? —le preguntó el aludido.

—Pues simplemente el que seas tú quien esté al frente del movimiento —le respondieron.

El Güero sonrió y asintió con una inclinación de cabeza. Desde el fondo de la estancia se oyó una voz dulce, femenina, que mucho contrastaba con la brusquedad de sus palabras:

—¡Carajo! ¿Y qué puta madre vamos a hacer? —hizo la pregunta la única mujer que formaba parte del Comité de Lucha, comité que en realidad era una especie de Estado Mayor.

Se trataba de una mujer que rondaba los 25 años, de una belleza aindiada, de ojos almendrados que parecían chisporrotear constantemente, con un rostro de rasgos sutiles, delicados, en franca contradicción con la severidad de su mirada. Su negra, lacia y larga cabellera hacía evocar el verso de Othón: “tu bruna cabellera de india brava”.

—Vamos a irnos de aquí —respondió el Güero con su calma habitual y causando desconcierto en sus oyentes. Hubo murmullos de reprobación que el Güero no dejó prosperar, añadiendo—: ¡Escúchenme bien, que aquí todos nos estamos jugando la vida, y poniendo en riesgo la de los que están allá afuera!

Y el líder campesino explicó que a su entender el principal objetivo de los sardos no era la colonia, sino ellos, el Comité de Lucha. Según sus informantes los soldados estaban a sólo treinta kilómetros de distancia, por lo que se imponía actuar con precisión y prontitud. El plan era irse, irse él y con él todo el comité, pero no irse así nada más, sino llevarse tras de ellos a los soldados o cuando menos la mayor parte de la tropa. Pero antes había que realizar algunas tareas:

1. Hablar con los jefes de manzana, algunos verdaderos líderes naturales, y explicarles la situación para decidir con ellos el comportamiento de la gente. La propuesta del Güero era: a) no oponer resistencia, para evitar un baño de sangre, pero convertir el asunto en un verdadero conflicto político; b) reuniendo en la colonia a periodistas de todos los periódicos y medios electrónicos estatales y aun nacionales

para que fueran testigos de lo que ahí ocurriera y, además, c) buscar la presencia y la asesoría de la recién creada Asociación Nacional de Abogados Democráticos, que presidía un amigo suyo y, por último, d) trasladar la colonia al zócalo de Cuernavaca, ponerse ahí en plantón y exigirle al gobernador una solución social en vez de represión.

2. Había que deslindar el asunto social y político del militar. Las fuerzas federales no estaban ahí por los campesinos pobres, desposeídos, sino por ellos y, sobre todo, por él. Seguramente sabían ya de sus nexos con el proscrito Partido de los Pobres y con la Brigada de Ajusticiamiento de Lucio Cabañas. Si se daba un enfrentamiento armado, que fuera allá arriba, en la sierra y no en el pueblo. Por último, el Güero le pidió a los compañeritos estudiantes que abandonaran esa misma tarde la colonia y cargaran con ellos unos documentos para difundirlos entre la opinión pública y entre la comunidad universitaria, a través de todos los medios a su alcance. También les pidió que se llevaran a su hermano menor, Pedro, para internarlo en el Hospital de Huipulco, pues padecía una avanzada tuberculosis. Se tomaron las decisiones que se tomaron; entre otras: asegurarse de que los federales se enteraran de su fuga, pero con 24 horas de retraso; llevarse con ellos las armas, no sólo las personales, también una docena de rifles de asalto que estaban escondidos tras un muro falso del casco de la exhacienda, así como una buena cantidad de parque y de medicinas, en especial antihistamínicos, analgésicos y antibacterianos, material de curación e instrumental médico. Cuando salieron de la reunión, la víbora plateada ya se había puesto gris. Un gris oscuro. Ominoso.

Historia infame (3)

La Covacha era una cantina de barrio, con su barra de madera sin adorno alguno, media docena de mesas, aserrín regado en el piso y un trovador ciego que cantaba tangos y boleros. Cuando el ciego iba en aquello de “Volver con la frente marchita”, Tamara y el Negro ocuparon una mesa y pidieron una botella de ron Potosí y cocas, hielos y tehuacanes. Escucharon un momento la canción.

“Las nieves del tiempo platearon mi sien”.

Después se ocuparon de lo suyo.

—¿Estás segura de estos cabrones, Tamara?

—A güilson Negro de mi corazón, no te aflijas.

—Lo que se viene es muy importante, ¿son machitos probados?

—Probadísimos, Negrito. Estuvieron en lo del Bordo de Xochiaca y se portaron cual debe, Negrito sandía.

—No me digas así, Tamara: Negrito sandía, no seas cursi ni pendeja.

—¡Putas que andas de humor! ¡Ve! ai vienen los chavales.

Tamara señaló con un movimiento de cabeza hacia las batientes de la cantina, al momento que daban paso a Rey y el Chibabá que se detuvieron un instante en el umbral, ubicaron a Tamara y se encaminaron hacia su mesa. Llegaron muy propios, dando las buenas noches y ocupando sus asientos. Sin embargo, a pesar de su amabilidad se veían

nerviosos. Tamara les sirvió sendos tragos y brindó con ellos. El Negro no brindó, se concentró en examinar a los recién llegados, entre severo y curioso.

—¿Tú respondes por estos cabrones, flaca?

—¡Qué pesado, ya te dije que sí!

El Negro sacó dos fotos del bolsillo de su saco y, dándoselas a Rey y el Chibabá, dijo:

—Vean bien este rostro.

Los chavales, como los llamaba Tamara, recibieron las fotos pero se quedaron viendo al Negro, como si éste tuviera poderes hipnóticos.

—¡No me vean a mí, que estoy muy pinche feo! ¡Vean las putas fotos!

—Vean bien ese rostro, chavales —intervino Tamara suavizando la situación que se ponía ya muy tensa. Obedientes, Rey y el Chibabá observaron las fotos con gran cuidado.

—Veánlas, grábense ese rostro porque pasado mañana le van a partir toda se recontrarreputísima madre a ese maricón —sentenció el Negro.

—¿Lo mandamos pa'l otro barrio? —preguntó el Chibabá adoptando un aire de matón profesional que al Negro se le antojó más bien ridículo.

—¿Estás segura que estos nacos entienden español? —contraatacó el Negro, lanzándole la pregunta a Tamara y antes de que ella pudiera responder, remató—: ¿Quién habló aquí sobre matar a nadie? Escuchen bien: le ponen una supermadriza, hasta pueden darle un tiro en una pierna o en la nalga, pero no lo maten.

—¡Eso está chido! ¡Sí, que le den un tiro en un güevo! —exclamó Tamara argüendera.

—¡Chitón, Tamara! No me los apendejes.

—¡Meéense encima de él! ¡Sí! ¡Cuando ya lo tengan bien madreado, lo orinan!

—¡Ya, pinche Tamara, aliviánate!

—Ji ji ji. ¡Qué cagado! —rió la mujer.

—Nosotros —explicó el Negro con calma, contrastando con el excesivo júbilo de Tamara— les vamos a dar cobertura, así que tendrán tiempo pa madrearlo y orinarlo, si quieren.

—¿Cuándo será la acción? —preguntó Rey.

—Pasado mañana tienen que estar a las tres en la Cuchilla del Tesoro, con el Zobek. Luego yo los llevaré al sitio preciso. Les voy a dar unos boxers, úsenlos, y la fusca —dijo el Negro, le dio un largo trago a su cuba, chasqueó la lengua y prosiguió en tono confidencial—: Escuchen bien; le dan un tiro, un solo tiro en la pata. A ver, paque esté claro y no correr riesgos: en el pie, no en la pierna, capaz que le atraviesan la femoral y entonces a ver quién putas le para la hemorragia. ¿Está claro? —terminó por preguntar el Negro.

—¡Cincho, clarísimo! —respondió Rey en nombre suyo y del Chibabá.

—¡Que no haya errores! Les voy a dar una lana extra a cada uno. Cinco mil varos, y los vamos a esconder unos días en una casa de seguridad, y después se toman unas vacaciones.

—¡Unos diyitas en la casa de Acapulco! ¡Estaría de poca! —exclamó Tamara, de nuevo instalada en un absurdo barullo.

—Bueno, eso lo veremos a su tiempo. Por lo pronto, recuerden: pasado mañana, es decir, el viernes, a las tres de la tarde, con el Zobek en la Cuchilla del Tesoro. Hoy tómense

estos tragos, pero mañana nanay, quiero que se relajen, que estén física y mentalmente descansados.

—No exageres, Negro, están chavales, les sobran energías.

—¡Carajo, Tamara, no discutas! No los quiero crudos ni desvelados.

—¡Ya, ya entendí!

—Me importa madre que entiendas o no, Tamara, los que tienen que entender son ellos.

—Entendemos, señor Negro. Nos quiere física y mentalmente al tiro —se explicó Rey otra vez a nombre de los dos.

—Tengo una idea genial. Me los llevo desde orita a mi depa. Los puedo bañar en el jacuzi y después un masaje con aceitito y...

—No es mala idea, Tamara, así me los vigilas. Sólo no te los vayas a coger.

—Un palito nada más. Me cae negra y tenebrosa si no. Un paliacate con cada uno y ai muere. Hasta se van a relajar más chido.

XXVIII

El crepúsculo vespertino se resquebrajaba sobre la ciudad de México; es decir, era la hora de la craqueadura entre los mundos cuando, según ciertas tradiciones brujeriles, es posible la confusión entre los mundos paralelos o, para decirlo en otras palabras, la intervención de un mundo en los otros. Pepe entró al restaurante donde tenía una cita con el poeta Leonel Robles, a quien iba a entrevistar para el suplemento cultural de *El Sol de México*, con motivo de la publicación de un nuevo libro. Pepe ocupó una mesa frente a la puerta de entrada y pidió un capuchino para esperar la llegada de Leonel; pero el poeta no acudió a la cita. Comenzaba a desesperar cuando, de pronto, vestida con unos jeans, una blusa color marrón y una gabardina color nata, la vio entrar con su porte de *dakini* y él, que la reconoció de inmediato, sintió una emoción in-des-crip-ti-ble, su cuerpo vibró —todas las cosas vibran— con una intensidad desconocida. Cerró los ojos, pensando que era una alucinación, y cuando los abrió, la Enfermera Celeste estaba sentada a su lado, con sus ojos de llamarada y tiniebla, arrebatadores y mortíferos abismos de belleza. Estaba junto a él. Podía tocarla con un breve movimiento de su mano derecha. Junto a él. A su lado. Podía. Con un breve movimiento de su mano. Derecha. Ahí nomás, tan cerquita, tan cerquita, mostrándole su perfil izquierdo que bien podía haber trazado Leonardo da Vinci.

Pepe no la tocó, contempló su belleza. Y llamó a la mesera y le pidió un cuchillo para cortar carne y la mesera hizo un gesto de extrañeza, pero se lo llevó y Pepe le dio las gracias y después le dijo a la Enfermera Celeste: *mi sangre toda verterla a tus pies* y se cortó las venas. La sangre se derramó a los pies de la Enfermera Celeste tiñendo de rojo sus zuecos blancos (lo único que esa tarde llevaba de su atavío habitual) y comenzó a correr un arroyo de sangre por el piso del restaurante, pero nadie parecía darse cuenta de lo que sucedía: los comensales continuaban comiendo y platicando, y las meseras atendiendo a los clientes. Y mientras Pepe se desangraba, la destinataria de esta ofrenda hemática le ordenaba a la mesera un pastel de chocolate y un café americano. La mesera trajo el servicio y la aparición celestial comió su pastel y bebió su café con gran deleite, con elegancia, como solía realizar todos sus actos. Como efecto de la profusa hemorragia, Pepe fue sintiendo cómo se moría, o cuando menos cómo iba perdiendo el conocimiento. Sentía que las cosas, la gente, todo lo que lo rodeaba, poco a poco... poco a poco... se iba... Si giraba el rostro o movía una mano, el movimiento era len-tí-si-mo y cuando contestaba una pregunta de la Enfermera Celeste, su voz le parecía ajena, como pastosa, como emitida por otro y no por él. Porque la diosa se puso a hablar de religión, tema que parecía interesarle mucho, y Pepe le escuchaba desconcertado, pues él deseaba que ella le dijera algo sobre su sacrificio casi azteca, él se desangraba (*la mazorca rojiza se nos vuelve un collar*) y ella no parecía notarlo.

Hay un dulce espesor de soles ebrios en su mente, porque esa tarde él sintió, en toda su expresión, el advenimiento del

amor. Sintió también una mano que se apoyaba en su hombro y lo movía con delicadeza. Abrió los ojos, vio la mano femenina y quiso besarla, pero apenas percibió el roce de los labios, la mano huyó apurada. Pepe se ruborizó cuando vio que la dueña de esa extremidad no era su diosa, sino la mesera:

—Perdóneme, la confundí —le dijo sintiéndose un estúpido.

—No se preocupe —respondió la sonriente mesera.

—Parece que se quedó usted dormido —agregó.

—Mil disculpas. ¿Me da la cuenta, por favor?

—Enseguida, señor.

XXIX

Un insoluble asombro se instaló en el alma de Pepe, había soñado o alucinado una vez más con la Enfermera Celeste, pero este sueño o alucine había tenido otra calidad. Había sido tan real, de una claridad inagotable, porque él podía repetir, palabra por palabra, su conversación con ella y reproducir con exactitud todo lo acontecido y recordar, obsesivamente, los ademanes y los gestos de ella. Caminó sin ruta, a la deriva, por las calles cercanas al Wings de Portales, deseoso de volvérsela a encontrar, pero tal no fue. Espió el teléfono público de la esquina, el taxi que se detuvo brevemente, el ascensor de un edificio, y nada. Ella sólo existía en su imaginación.

La dulce merced de su presencia era sólo producto de su imaginación.

La precisión de su sonrisa era sólo producto de su imaginación.

La inesperada gracia de su ser en el mundo era sólo producto de su imaginación.

El amor abriéndose como una herida silenciosa era sólo producto de su imaginación.

Sus magníficos ojos grecolatinos eran sólo producto de su imaginación.

Su fragancia a viento enamorado era sólo producto de su imaginación.

Sus manos aportándole armonías al mundo eran sólo producto de su imaginación.

Y todo su cuerpo de flor incendiándose de belleza era sólo producto de su imaginación.

O tal vez, como escribió Ramón Gómez de la Serna en memorable greguería, todo estaba al revés y “la tierra era la luna y la luna la tierra”, y él era sólo producto de la imaginación de ella. La noche de esa tarde de un día difícil, Pepe, sintiéndose un *yoyontzin*, escribió un cuento que intituló:

El instante se descuelga del clavo

Hugo Vega había tomado siempre con muy serio pesimismo la vida. Creía que su cuerpo como el de todos los seres sintientes, estaba animado por un soplo maligno y que el espíritu de amargura y la sed suicida que con frecuencia lo embargaba era también cosa de un Dios del Mal. Aires salvajes provenientes del Averno. Sin embargo, estos rasgos patéticos de su personalidad lo condujeron por caminos tortuosos pero inequívocos a los brazos de Lilia, poeta vanguardista asidua al taller que Carlos Illescas (q. e. p. d.) coordinaba en el bosque de Chapultepec. Las sesiones comenzaban siempre con diez minutos de shámata (forma básica de meditación budista) para desalojar la mente de tanto ruido inútil o cuando menos aligerarla “para que las ideas poéticas tomen el campo abandonado”.

Casi por no dejar, una tarde calurosa Hugo Vega acompañó a Carlos Illescas al taller que sesionaba en un prado

frente al lago. El calor ponía laxitud en los cuerpos y la meditación la acrecentaba hasta llevarlos al umbral del sueño. Los seis miembros del taller —Carlos y cinco discípulos— sentados en el césped con las piernas cruzadas, los ojos cerrados o la mirada extraviada, oscilaban durante diez minutos y Hugo podría haber jurado que alternativamente, y por fracciones de segundo, los cuerpos bajo el sol se volvían transparentes. Hugo observaba cinco cuerpos, pero contemplaba uno: el de Lilia. En esos momentos de meditación, los ojos de Lilia parecían ver otros mundos y su piel se hacía más fina, más tersa, más dorada; una franca invitación al reino del deseo.

Una ciudad de nobles piedras añejas fue testigo de cómo crecía el amor de Hugo por la búdica, vanguardista y novel poetisa. La cortejó en la Casa de los Azulejos, en el antiguo edificio de Correos, en la Alameda Central, en el Barrio Chino, en el Zócalo, en la Catedral Metropolitana, en los portales del Ayuntamiento, en el prehispánico Templo Mayor, en el centro cordial de la magnífica ciudad.

Toda la espera, todo el vacío de su vida mecanizada, toda la soledad que como un óxido lo carcomía, se esfumaron cuando pudo por fin besarla y sentir en su interior un desbocado galope de amor y deseo. Una tarde afiebrada sus cuerpos desnudos se abra(s)zaron en un cuarto del hotel Catedral, en ese instante Hugo sintió toda su pasión correspondida y oyó una música jubilosa proveniente del cielo.

—¿Cómo quieres que lo hagamos, como los dioses o como simples mortales? —preguntó Lilia.

—¡Como los dioses! —respondió Hugo entusiasmado, con toda la organización neurótica de su personalidad enardecida.

—Bueno, tú elegiste —dijo ella resignada, y agregó, haciendo lo que le pedía—: extiende tu dedo índice.

Hugo hizo un gesto de extrañeza, pero obedeció. Lilia tocó suavemente con su dedo el dedo de él. Las yemas se juntaron y ella se desvaneció en la nada.

XXX

“Nos cortarán la cabeza y los güevos estos hijos de la chingada si nos atrapan; les juro que ganas no les faltan”. Fue lo último que Pepe le escuchó decir al Güero. Ellos —Ramón, Víctor, Polo y Pepe— fueron a preparar sus maletas —un poco de ropa, algunos libros, una grabadora portátil, una cámara fotográfica y los rollos expuestos que contenían más de 400 fotografías, testimonio gráfico de la vida cotidiana en la colonia— que les aguardaban en la casita del fondo, en la parte posterior del casco de la exhacienda, a medio kilómetro de distancia. Durante aproximadamente tres meses, esa casita de adobe y tejas había sido su morada, su centro de trabajo —ahí se impartían clases de primaria a los niños y también a los adultos que así lo deseaban— y su sala de redacción de artículos sobre el movimiento campesino para *El Tábano*, *La Causa del Pueblo* y una revista (*Nueva Generación*), editada en Chiapas por un grupo de abogados de izquierda, y otros periódicos militantes. Pero en esa casita de adobe, una tarde llena de viento y polvo, cuando Ramón, Víctor y Polo se habían ido a Temixco acompañando una comisión de campesinos para demandar la libertad de un habitante de la colonia que había sido detenido por la policía municipal en una cantina, Pepe se ayuntó torpemente con María Zanahua, una indígena de la veracruzana sierra de Zongolica que había llegado a la colonia con su padre, su madre y cinco hermanos. María Zanahua tenía

16 años, pero su vida sexual había comenzado a los trece. En realidad uno de sus hermanitos era su hijo. Ella era alumna de la escuela que los compañeritos estudiantes habían fundado nombrándola Praxedis G. Guerrero, en homenaje al periodista, minero y guerrillero floresmagonista, pero era también uno de los informantes que contaban ante la grabadora portátil sus vidas siempre ligadas a la lucha por la tierra, por el respeto a sus comunidades y, en algunos casos, simplemente por sobrevivir. De carácter alegre y solidario, María pronto se ofreció a acudir dos días a la semana a hacerles el quehacer: barrer, trapear, sacudir un poco, lavar algunos trastes. Ellos le dijeron que no, que de ninguna manera, que eso no era necesario, pero ella insistió y les pidió que no la despreciaran, que ellos daban mucho a la colonia y que ella quería corresponderles de alguna forma. A los muchachos no les quedó más que aceptar, así que María iba los lunes y los jueves a meter un poco de orden en el desmadre que ellos ponían. Esa tarde llena de viento y polvo, mientras Pepe escribía un artículo para *La Causa*, María, que se descalzaba para barrer y trapear, se clavó una astilla en la planta del pie y no dijo nada, no se quejó, continuó con su quehacer; sin embargo, Pepe se dio cuenta de que María caminaba con dificultad, rengueando.

—¿Qué te pasa, Mari, por qué cojeas? —le preguntó.

—Sepa la bola, algo me punza en el pie —contestó ella.

—A ver, vení, Mari, sentate aquí —le dijo Pepe muy chiapanecamente.

Mari se sentó en el catre que Pepe le señalaba y él hizo lo propio, a su lado.

—Subí tu pie, Mari, pa que pueda ver —le dijo Pepe dándose unas palmadas en el muslo de la pierna izquierda. Para

su sorpresa (él esperaba mayor pudor de una adolescente indígena) Mari, ni tarda ni perezosa, colocó su pie sobre el muslo de Pepe. Él tomó ese pie moreno, tibio, limpio, bienoliente, entre sus manos y lo levantó, obligando a Mari a recostarse un poco más en el catre, para poder ver la planta de tonalidades rojizas, planta color *tlapalan*. Ahí estaba clavada una astilla de madera que él extrajo haciendo uso de un cortaúñas. Lo que hay que apuntar, sin más demora, es que cuando Pepe tocó el pie de María —ancho y pequeño (no excedía el contorno de su palma), turbador y lujurioso— su falo se irguió y Mari se dio cuenta de cómo se erguía y muy lejos de molestarse lo tomó como un homenaje a su condición de hembra apetecible, así que cuando Pepe terminó su microcirugía ella, con un rápido lance se montó sobre él y con gran habilidad se quitó las enaguas anchas y plisadas; a la buena de Dios Pepe se deslizó los pants —por fortuna vestía esa prenda y no dificultosos pantalones de mezclilla con zíper o botones morosos y cinturones imposibles y como él tenía que lavar su ropa y eso le cagaba los güevos, para abreviar la tarea hacía varios días que había declinado el uso de los calzoncillos—. Pronto, pues, quedó expuesto su pene erguido, un tanto arqueado, con el glande brillante por la lubricación. Con los dedos pulgar e índice de su siniestra, ella tomó el nacimiento del pene, acercó su rostro y escupió sobre el glande y después, con dos dedos de la diestra untó la saliva por toda la superficie prepucial y con gran sabiduría se ensartó en ese pene sazonado y mientras lo hacía dijo algo en verdad enternecedor: “Vamos a meter este pajarito en su nidito”. Es cierto que cogieron rico, pero Pepe (que sentía que se acoplaba con el México Profundo encarnado en María

Zanahua, fantaseó también que Mari era una emanación de Ixkuinameh, “diosa que tenía el poder de incitar deseos lascivos y favorecer las uniones sexuales no permitidas”, o bien de Tonacacihuatl, “señora de nuestra carne”) se portó con torpeza que ella no pudo más que advertir, así que cuando se despidió de él con un beso en los labios, le dijo: “cocceamos sabroso, pero te faltan mañas. Aprendelas”. Consejo sabio de mujer sabia que ya no volvió a coccear con él y que poco después de ese ayuntamiento se amancebó con el hermano menor del Güero, con Pedro, al que ahora, enfermo de tuberculosis trasladarían al Hospital de Huipulco. En un carro del año del caldo se acomodaron Polo —al volante—, Víctor y Ramón, y en el asiento trasero Pepe, María y Pedro —el enfermo—. Emprendieron angustiados el camino a la ciudad de México, porque tenían el presentimiento de que algo muy grave iba a suceder en la colonia. Pedro, que se veía muy jodido, pronto se quedó dormido. Mari recostó su cabeza en el hombro de Pepe, colocó su mano sobre su muslo (el de él) y al través del pantalón de mezclilla, con la uña del dedo índice, le acarició con más dulzura que concupiscencia el pene —que respondió con humedades a la caricia— y le dijo al oído: “Ya no volvimos a coccear... estoy muy triste... decime algo bonito, vos Pepe...” y Pepe, en voz baja, sin pensarlo mucho ni saber exactamente por qué, le declamó la “Gacela del amor imprevisto”, de Federico García Lorca:

Nadie comprendía el perfume
de la oscura magnolia de tu vientre.
Nadie sabía que martirizabas
un colibrí de amor entre los dientes...

XXXI

“Música insumisa para los muertos que llenan las calles”, ¿por qué recordaba este verso que escribió muchos años atrás, tan “intelectual”, tan pretencioso? Tal vez porque los transeúntes de las calles aledañas al Zócalo le parecían muertos en vida, zombis, pero ¿cuál era la música insumisa? No, desde luego, la que tocaba el organillero de la esquina. Tampoco la pop que salía de la discoteca Mixup; la música insumisa tendría que ser algo así como “The end”, de The Doors, o una canción guerrera de los triquis, una de las etnias más olvidadas por el Estado, por los antropólogos y por los reivindicadores de las culturas indias, porque son belicosos, borrachos y harto necios; es decir, indómitos. Y en sus fiestas, a las que es muy difícil estar invitado, danzan danzas guerreras y muchas veces terminan a chingadazos entre ellos. Pero ese mediodía Pepe no pensaba en los triquis; pensaba en César Vallejo, cuando muy joven, en su pueblo natal, se tiraba con los brazos abiertos en cruz en medio del parque central y cuando un buen vecino le preguntaba “¿qué hacés ahí, muchachito?”, él respondía “esperar a que pase algo”. Y años después, ya en París, habiéndose convertido en el Gran Cholo, fundó La sociedad de los muertos en vida, porque este escalofriante genio de nuestra poesía descubrió que la tragedia mayor es pasar por la vida sin haberla vivido. Es ir de la muerte a la muerte y no, como sería saludable, de

la vida a la muerte. ¿Y él? ¿Estaba realmente vivo o iba en caída libre hacia la nada? Había militado políticamente y, para decirlo pronto, fracasado; nada por lo que había luchado se había convertido en realidad. Esa era la verdad, dura, dolorosa, sencillísima, monda y lironda. El aire comenzaba a refrescar a su alrededor, entonces decidió encaminar sus pasos hacia El Nivel, para comer una de sus espléndidas tortas de chorizo o sardina y tomarse dos cervezas de barril. En la cantina más antigua del centro histórico de la ciudad de México continuó con sus cavilaciones, tengo estos huesos hechos a las penas / y a las cavilaciones estas sienas, dijo para sí mismo y se sonrió. Sonrió en el momento en que Alejandro León se sentaba a su lado, en la barra de la vieja cantina y, buscando su mirada a través del espejo biselado del mostrador, le preguntaba aún con cierta duda:

—¿Tú eres Pepe, verdad? El hermano de Deli. Pepe reconoció al primer golpe de vista a su interlocutor:

—¿Alejandro? ¡Alejandro! ¡Qué gusto verte, cabrón! ¿Cómo has estado?

Ambos giraron sobre sus asientos circulares, Pepe hacia la derecha y Alejandro a la izquierda; quedaron frente a frente, haciendo cada uno una breve inspección visual del otro, para darse luego un fuerte apretón de manos y un fugaz abrazo. Platicaron y bebieron como viejos amigos que se encuentran después de muchos años de no verse. Porque Alejandro no sólo había sido durante mucho tiempo el novio de su hermana, sino también un verdadero amigo, de él y de toda la familia. Hablaron sobre sus respectivas vidas: Alejandro había terminado su carrera de contador público y chambeaba ahí nomás a la vuelta, en la Secretaría

de Hacienda; tenía dos años de casado y una hijita de siete meses. Recordaron los tiempos, nada lejanos, tan agitados de Portales: cuando falleció el padre de Pepe, cuando Pepe fue detenido, cuando lo soltaron y lo sometieron a una ilegal prisión domiciliaria, cuando la familia completa era constantemente hostigada por la policía, cuando la situación financiera se hizo tan precaria que hubo necesidad de vender la casa de Alhambra e irse a un edificio de departamentos en la Narvarte. Después vinieron las preguntas (por parte de Pepe hacia Alejandro, pues a fin de cuentas fue él quien había emigrado de la colonia) “¿qué fue de los Origel?”, “¿de los Villalpando?”, “¿qué de Toño y Pablo?”, *¿qué fue de tanto galán, como hubieron?* ¿Y qué fue de Rey y el Chibabá? ¿Es cierta la historia infame que se cuenta?

Historia infame (4)

Noche. Sala de un departamento clasemediero. Está a oscuras y sólo la luz que entra de la calle permite ver, a la derecha, la puerta de la cocina, con su ventana circular —ojo de buey— y a la izquierda el pasillo que conduce a las recámaras. En la sala, entre los sillones y la mesita de centro, tiradas en la alfombra color crema, hay una fusta de las conocidas como “gato de siete colas”, unos discos elepé y un collar y una correa para perro. Se ven también una consola y, en una especie de altar, una fotografía alumbrada por dos veladoras. Se abre la puerta principal. Entra Tamara y enciende la luz. Detrás de ella viene el Chibabá que, tímido, se queda parado en el umbral.

TAMARA: Pásale, no te quedes ahí parado. ¡Qué gacho que se cortó el Rey! Te invito otro trago.
(El Chibabá camina hasta la sala y comienza a recoger los discos).

CHIBABÁ: No, ya no. Si me echo la otra me voy a poner bien pipa.

TAMARA: Por eso no hay bronca. Estamos en confianza ¿o no, papito?
(Tamara va a una pequeña cantina y sirve licor en dos vasos).

TAMARA: Voy a ponerle hielos a este menjurje y verás qué chévere.
(Tamara va a la cocina. Se escucha el ruido de los hielos. El Chibabá sigue recogiendo discos. Los deposita sobre la mesa de

centro pero se queda con un elepé de Jhony Dínamo y Los Leo. Tamara vuelve de la cocina y le da su bebida).

CHIBABÁ: ¿Qué es?

TAMARA: Du-bo-net-en-las-ro-cas. Pero francés, ¿eh, chaval? No te confundas, Du-bonet francés. Te va a encantar. Salud.
(Tamara y el Chibabá entrechocan sus vasos y beben).

TAMARA: A ver, trae pa' cá ese disco.
(El Chibabá le entrega el disco y Tamara se dirige a la consola).

CHIBABÁ: ¿Sabías que Los Leo salieron de mi colonia, de Portales?

TAMARA: ¿A poco?

CHIBABÁ: Sí, me cae. Hasta una vez toqué con ellos. La batuca.
(Tamara termina de poner el disco y comienza a sonar la canción “Palabras son...”. Tamara baja el volumen para que la música les permita platicar).

TAMARA: Pues qué padre, ¿no?
(Tamara toma al Chibabá de la mano y lo conduce, dando unos pasos de baile, al sillón. Se sientan, ella se quita las zapatillas y cruza las piernas en actitud seductora. El Chibabá recoge el collar de perro).

CHIBABÁ: ¿Tienes perro?

TAMARA: Ya no.

CHIBABÁ: ¿Se te murió?

TAMARA: No.

CHIBABÁ: ¿Lo vendiste?

TAMARA: No.

CHIBABÁ: ¿Lo regalaste?

TAMARA: No.

CHIBABÁ: ¡Uf, qué complicado! ¿Entonces qué putas le hiciste?

TAMARA: ¿Yo? Nada. Él me abandonó, hace tres días, y dejó aquí botadas su correa, su collar y el gato de siete colas. Le dije que se llevara todas esas porquerías. Ya sin él, pa qué las quiero.

CHIBABÁ: ¡Ay, Tamara! Seré muy lento, pero no entiendo nada de nada.

TAMARA: Sí entiendes, Chibabá. Te cuesta trabajo, pero sí entiendes, ya estás güevoncito.

CHIBABÁ: Sí, creo que ya voy entendiendo. Nada más dime, ¿cómo se llamaba tu perro?

TAMARA: Yo le decía Gordi.

CHIBABÁ: Pero, ¿se llamaba?

TAMARA: Como tú, qué casualidad, ¿no?

CHIBABÁ: ¿Chibabá?

TAMARA: (*Riendo*) No, güey, Ramiro. (*Tamara recoge la correa y el gato de siete colas, con estos implementos en la mano ve al Chibabá entre divertida y misteriosa*).

TAMARA: Se me está ocurriendo algo.

CHIBABÁ: ¿Algo? ¿Cómo qué?

TAMARA: (*Insinuante*) ¿Como qué te imaginas, Gordi?

CHIBABÁ: (*Alarmado*) No, qué, sácate Tamara, estás loca de atar.

TAMARA: (*Con voz aniñada*) Ándale, papito. Es sólo un jueguito.

CHIBABÁ: Nel, Tamariux, ése no es un juego, es pura perversión, y de las peores.

TAMARA: ¡No te azotes! Ultimadamadrementemente, si quieres coger conmigo déjame llevarte al cuarto como si fueras mi perro.

CHIBABÁ: (*Silencio*).

TAMARA: (*Tratando de ser convincente*) Ándale, nada más de aquí al cuarto. Es que ya me puse rete nostálgica ¿sí? Y te la chupo riquísimo, papito.

CHIBABÁ: (*Silencio*).

TAMARA: Ándale papacito, me cae que te la chupo como nunca te la han chupado. Después de mi mamada, vas a saber de qué lado mastica la iguana, me cae.

CHIBABÁ: (*Condescendiente*) Bueno, pero sólo de aquí al cuarto.

TAMARA: (*Emocionada*) ¡Gracias, papi! (*Tamara le coloca el collar y la correa y se levanta del sillón*).

TAMARA: (*Con voz de mando*) ¡En cuatro patas, Gordi! (*El Chibabá obedece y Tamara lo conduce hacia la habitación. Con la mano izquierda lleva la correa y en la derecha la fusta. Camino a la recámara pasan frente al “altar” y Tamara se detiene un instante para persignarse. Debe distinguirse que no es la imagen de un santo la que preside ese “altar”. Al lado de la Santa Muerte se ve una foto de Alfonso Martínez Domínguez*).⁵

TAMARA: Persígnate, Chibabá, que éste es nuestro santo patrón, milagroso señor de nuestras quincenas, gran jefe pluma blanca, halcón mayor. (*El Chibabá se arrodilla y se persigna. Después Tamara lo jala de la correa*).

⁵ En aquellos tiempos regente del D. F. y fundador del grupo paramilitar Los Halcones.

TAMARA: A la recámara, Gordi.
(*El Chibabá vuelve a su condición perruna*).

CHIBABÁ: Nada más no se te ocurra azotarme...
(*Tamara le da un latigazo en las nalgas*).

TAMARA: ¡Cállese, perro coyón!

XXXII

Así lo indica el Ananga Ranga: la mujer que antes del acoplamiento toque con el pie izquierdo el pene de su pareja y se acostumbre a hacerlo siempre, le subyugará sin remisión. Y así lo hacía Karana cuando se acoplaba con Pepe, quien ya lucía en la muñeca de su mano derecha la pulsera con la garigoleada K de Karana. La toma de no-collares había sido una ceremonia sencilla, pero que no dejó de tener su poesía. Los cuatro involucrados se reunieron en la sala de los equipales, donde ya los esperaban unos bocadillos fríos y unas botellas de vino blanco alemán Leche de la mujer amada. Los hombres leyeron una declaración de amor en la que también afirmaban aceptar, en pleno uso de su libre albedrío y sin que mediara coacción alguna, el dulce dominio de sus amadas. Después, éstas les colocaron las respectivas pulseras. Acto seguido brindaron y degustaron los bocadillos de salmón, aceitunas negras y queso gouda. La fiesta continuó escuchando discos de Leonardo Favio, Carlos Gardel, Julio Jaramillo, José Alfredo Jiménez, Gloria Lasso y fados portugueses interpretados por Rodrigo y Mísia, que les parecieron muy apropiados para la ocasión. Concluyeron la velada fumando en la pipa de agua y, en una atmósfera de sonambulismo, las parejas se retiraron a sus respectivas habitaciones. Ya en la intimidad, Karana le pidió a Pepe que se desnudara y se arrodillara, anunciándole que

le tenía una sorpresa. Él así lo hizo y entonces Kara sacó del cajón de la mesita de noche un collar y una correa. Él sintió una nueva emoción cuando ella le puso el collar; una emoción intensa, casi un éxtasis religioso, y Karana tenía una sonrisa esplendente y un brillo extraño en los ojos cuando, colocando también la correa, por primera vez paseó a Pepe por la habitación. Concluyó el paseo, Pepe, aún de rodillas, alzó la vista y pudo ver un brillo distinto en los ojos de su amada y la sonrisa más bella y expresiva que le había visto jamás. En ese instante Karana tenía apostura de voluptuosidad venusina:

Ella camina al ritmo de su propia ensoñación. Él, con los últimos pedazos de la noche, acalorado, presa del vértigo de una extraña embriaguez. En las primeras horas nocturnas, ella lo envolvió con un viento espeso y sin embargo sutil. Consumó su obra alquímica: fue una rosa mística derramando fragancias púrpuras, doradas, turquesas. En la medianía nocturna lo cabalgó por territorios tan sólo iluminados por el deseo. Se detuvieron frente al espejo y en la penumbra él descubrió una dimensión onírica y sagrada.

XXXIII

Lección elemental: la aventura terrestre tiene momentos magnánimos y momentos sórdidos. ¡Qué momento tan magno el descenso de la Enfermera Celeste en pleno Zócalo de la ciudad de México! ¡Cuánta inenarrable sordidez en los interrogatorios soeces y violentos en La Vaquita! Cuánta pinche puta y deleznable grosería de los agentes policiales que colocaban sus pistolas en las sienes de Pepe y sus camaradas, y amenazándolos con la muerte percutían los gatillos de las armas descargadas. O bien, cuando entre las risas inmundas de los torturadores eran sumergidos, cabeza abajo, en tambos de agua helada y al hacerlos emerger —cuando estaban a punto de morir ahogados— gritaban un grito que era recuperación de la vida, un grito que proyectaba el cuerpo y la psique más allá de sus límites; bramaban para recuperar el ritmo, la música a veces casi inaudible de la existencia. Fenómenos del ser y el estar en el mundo: la vida empieza en lágrimas y caca, pero la vida es un dolor y una porquería rodeada de maravillas y bellezas, de ensoñaciones poéticas.

Cabeza abajo, ¡qué posición más ridícula!, pero así y amarrados de pies y manos, y desnudos, eran sumergidos en esos enormes tambos metálicos conteniendo agua helada. Agua que se derramaba en la medida en que los cuerpos se hundían en ese líquido, insondable precipicio. En cada

inmersión, los torturadores los colocaban en un trance de muerte. Cuando Pepe era sumergido en esas aguas heladas, enemigas, sentía un dolor tan múltiple —su cuerpo traspasado por mil dagas— que casi (el dolor) desaparecía, pero él tomaba conciencia de su finitud. Ni memorias ni olvidos; ni filias ni fobias; era un grano de sal echado al agua y como tal se disolvería sin remedio.

(De pronto una cuchillada roja en el cielo, de la que chorrea agua helada, agua metálica vibrando en mi cráneo, en mis oídos, en el paisaje estelar de la noche. Un caballo de crines doradas removiendo piedras y polvo, lanzando agua helada por sus belfos, relincha al lado de mi calavera).

¿Arcana o burlona? ¿Anarca o robluna? ¿Aracna o lunabro? ¿Canara o anulbro? ¿Acrana o broanul? ¿Ranaca o barnulo? ¿Cómo, en realidad, era la vida? *Era como una mosca pegajosa y siempre lo sería, y por eso nadie podía andar bien con ella...*

XXXIV

Una ingrávida mosca danzaba, desde que abrió los ojos y se fue el sueño mucho, pero mucho a la chingada; y entró Karana a la habitación que tenía en la pared dibujado un corazón, peinándose con el peine de coral que siempre traía en el morral; “este día me volveré loca”, dijo Kara bebiéndose una coca; acelerada Karana enceraba su cara con crema de almendras maceradas en fino aceite de pepino; “qué pinche tino”, dijo Pepe emergiendo del sueño que se quedó sin dueño y se fue por caminos imprevistos, nunca vistos, quiso Pepe, entonces, escribirle una cara oda a Kara o tal vez un soneto con todo y su sonsonete cuyo primer endecasílabo bien pudiera ser: “Karana en cuya frente el cielo araña”, pero a su pluma sólo salió espuma (¿o era esperma?), y aluego Pepe sintióse puma y más aluego encebollóse, y fuese entonces a quemar yerba, carne de dioses en su alma melancólica en conserva, porque Pepe soñaba con una vieja experiencia psicodélica provocada por comer una jícara de *pajaritos* en compañía de sus primos revendedores de autos usados y de su viejo amigo, Javier Molina, poeta y periodista: vio los árboles danzar, lentamente y al compás de una flauta dulce, alrededor de él, y el viento movía las hojas multitudinarias y las hojas hablaban en un idioma que él no comprendía: pero a pesar de ese lenguaje incomprensible, de pronto supo que los árboles le pedían que se acercara

al borde de la cañada. Pepe se acercó y se asomó y vio el río de incipiente caudal que corría al fondo de la cañada, y desde la sima una voz —¿del río?, ¿de las lajas del río?, ¿de los matorrales a la orilla del río?— lo llamaba: ¡Salta! ¡Salta! ¡Salta, pequeña langosta! Pero ni maíz palomas, él no saltó, reuló y dio un giro de 180 grados y caminó entre los árboles levitadores y se fue a sentar a la sombra de un árbol que no danzaba como los otros y, ahí sentado, sin saber por qué, Pepe se rió suavemente. Después colocó un Delicados en sus labios y cuando encendió el fósforo, fue como si todo se incendiara con un resplandor intenso, con caudales filamentos de luz blanca. En medio de esa luz, Pepe vio a sus primos y a Javier: uno de sus primos —Rafa— tocaba la guitarra, mientras los otros —Rey, Beto y Javier— cantaban viejas canciones mexicanas:

Por a'í viene el caporal,
cayéndose de borracho,
gritándole a los vaqueros,
¡échenme ese toro gacho!

Una anciana les preparaba unos tacos de conejo adobado. La anciana desdentada y con las greñas blancas y ralas partidas en dos, salió del haz de luz y se dirigió a Pepe, diciéndole:

—¡Ándale mijito, que se acaba el conejo! ¡Esta hombrada es bien tragonal!

Pepe acompañó a la anciana, entraron al haz lumínico y se sentó sobre sus piernas cruzadas para comer tacos de conejo y beber unas horribles cervezas tibias. Los muchachos

comían, bebían y cantaban. La anciana preparaba los tacos tomando la carne de una olla de peltre azul y las tortillas, hechas a mano, de un bonche que estaba envuelto por papel de estraza y luego por su chal negro, viejo, sucio, raído. La vieja que en verdad parecía una bruja, le pidió a Rafa que le prestara la guitarra —así dijo ella: mijito, empréstame tu guitarra— y Rafa se la prestó y la vieja estuvo un rato rasgando las cuerdas y Pepe pudo observar sus manos flacas y maltrechas, casi metáforas del dolor y de la soledad. De pronto, con voz cascada y desafinada, la vieja comenzó a cantar:

Ese joven que está enfrente
me hace señas con los ojos
pero yo ni li hago caso
porque está lleno de piojos...

La anciana, casi tan fantasmal como los árboles danzarienes, dio rienda suelta a un ataque de hilaridad, dejó la guitarra, depositándola sobre un arbusto y se arrimó a Pepe, que comía los tacos fríos pero de buen sabor. La anciana se arrodilló frente a él y, sacando de la bolsa de su también viejo y roído delantal un puño de yerbas, le dijo:

—Esta yerbita es bien viciosa, mijito. Te la voy a preparar pa que sepas lo que es amar a Dios en tierra de indios.

Y en una sábana de papel de arroz la vieja se puso a forjar: lo hizo con habilidad, mojó la sábana con su lengua de vieja bruja, encendió el churro, se dio dos o tres toques y se lo pasó a Pepe. “Toque y rol”, dijo alguien que Pepe no pudo ubicar y, en compañía de esa vieja, los cuatro muchachos se pusieron a fumar humito.

Alrededor de los muchachos y la vieja flota una sustancia espesa. Pequeños corpúsculos rojos que flanean en el aire. Los corpúsculos huelen a dulzura y entre ellos se abre paso, andando con lentitud, la Enfermera Celeste. Y es larga. Y es flexible. Y viene del sueño tóxico de Pepe. Y va descalza, si bien vestida con su atavío de enfermera. Y Pepe contempla sus pies de doncella. La Enfermera Celeste se acerca a Pepe en silencio, y él comprende por vez primera que el camino hacia ella es difícil, pero también definitivo y sin retorno. Sin que medie palabra alguna, la Enfermera Celeste le entrega una cruz Ankh⁶ tallada en madera fina; Pepe recibe la cruz y con mano temblorosa toca los pies de la aparición, los acaricia, les quita el polvo del camino y fatalmente los besa porque son bellos. La Enfermera Celeste rompe el silencio con voz susurrante: “La belleza no es más que el principio de lo terrible”.

Fue un viaje en cámara lenta, lentísima; aunque en realidad iban a más de 120 kilómetros por hora, dejando atrás los bosques, los matorrales, las cañadas de Tetela del Volcán, los árboles danzantes (*¿los danzantes espacios estatuarios?*), la vieja bruja desdentada y sus tacos fríos de conejo adobado y sus cervezas tibias, la alucinación con la Enfermera Celeste, el rumor de las hojas que parecían cantar con dulzura, sus risas súbitas y descontroladas, sus ganas —ya satisfechas— de comer *pajaritos* con sabor a tierra amarga y trascender el hastío cotidiano con una experiencia psicodélica. Beto manejaba el Mustang a 100, 120, 130, 140, 150 kilómetros por hora y todos todos todos iban en silencio; era la hora de la introspección, y si Javier, que llevaba la guitarra entre

sus piernas, rasgaba las cuerdas sin ton ni son, ese sonido monótono sólo servía para hacer más profundo el silencio. Pepe jugaba entre sus dedos un tronquito reseco que tenía la forma de una cruz Ankh y que quería limpiar y tal vez barnizar para usarlo como amuleto. Talismán para el buen amor. A lo lejos, anclada en su nata de polución, ya se veía la ciudad de México. La ácida tarde, las hermandades cómplices, las enemistades ocultas de la gran ciudad.

Onomatopeyas que rasgan el atardecer, que separan un mundo del otro, lo soñado de lo vivido.

⁶ Comúnmente llamada Cruz Egipcia.

XXXV

Sonó el ron golpeando contra los hielos, cuando el cantinero del Salón Palacio les sirvió sus cubas de añejo con coca y puso ante ellos, que estaban acodados en la barra, una botana de cacahuates enchilados. Pepe le platicaba entusiasmado esa anécdota extraordinaria que solía contar José Revueltas y que forma ya parte de las leyendas que nos legó (amén de su espléndida obra literaria) este magnífico escritor: en la Alameda Central, José Revueltas se encontró con un ángel recién caído de los ámbitos celestes, como si se hubiese encontrado con un desempleado, y lo invitó a beber unos tragos en alguna de las muchas cantinas del centro histórico —tal vez en El Nivel, o en La Nochebuena o en el Salón Orizaba o en el mismísimo Salón Palacio—, y ángel y escritor se picaron con los tragos y a la hora de pagar no le alcanzó a Revueltas —siempre de caudal escaso— con el dinero que llevaba, de tal manera que el pobre ángel tuvo que dejar sus alas empeñadas con el cantinero, como quien deja un reloj o un anillo. Mientras repetía esta historia, Pepe recordaba la costumbre campesina, de la que ya había oído hablar pero que tanto le conmovió cuando pudo atestiguarla en la colonia Rubén Jaramillo, de vestir de blanco a los niños muertos y ponerles alas de cartón forradas con papel brillante, dorado o plateado, para que el difuntito pueda volar al cielo. Le produjo una sensación extraña e intensa —mezcla de ternura, asombro y tristeza— ver a un niño de aproximadamente dos años, metido en una caja de cartón,

vestido de blanco, con las alas plateadas estrujándose entre el fondo de la caja y el cuerpo de la criatura; la caja estaba colocada sobre una mesa pequeña y los padres, dos indígenas muy jóvenes, parados cada uno a un lado de la mesa, haciendo guardia, sin llorar, pero con un gesto de profunda aflicción. Los colonos que llegaban a la asamblea convocada por el Güero, al pasar al lado del cadáver, dejaban sobre la mesa unas cuantas monedas; porque esta escena tenía lugar un domingo —los domingos daban inicio con una asamblea—, en el galerón habilitado como salón de actos de la colonia. La gente, pues, dejaba unas pobres monedas, pero nadie les decía una palabra de consuelo, nadie les daba un abrazo. Por un lado se discutían los asuntos de la colonia y, por el otro, los jóvenes padres indígenas velaban

a su chamaquito
a su escuincla
a su chilpayate
a su pichi
a su meco
a su patojo
a su angelito

La botana cambió de cacahuates enchilados a empanadas de papa con chorizo; es decir, Pepe y su amigo iban ya por la tercera cuba cada uno.

—Buscando el polvo de nosotros mismos he llegado hasta aquí —dijo su amigo tratando de sonar poético, pero la realidad es que estaba a un tris de la embriaguez.

—Un vacío más otro vacío suman dos vacíos —dijo Pepe filosóficamente matemático.

—Sentirse solo puede ser tan fácil —le dijo a Pepe su amigo, que ya arrastraba un poco las palabras.

—El desmadre de la vida nos manda mucho a la chingada —sentenció el amigo de Pepe, que no era otro que Javier descifrando el enigma último de la realidad a través de esos tragos que ambos tomaban esa tarde de despedida, pues Javier —al que Pepe veía tan sólo de vez en cuando, pero cuando se veían se daba entre ellos sucedidos de amistad grande— había decidido irse a vivir, de-fi-ni-ti-va-men-te a San Cristóbal de Las Casas. Bebieron, bebieron mucho y además de cacahuates enchilados y empanadas de papa con chorizo, comieron tostadas de pata a la vinagreta con su lechuga y crema, y remataron con un caldo de camarón seco exageradamente picoso. Se embolaron tanto que se rompió la coherencia mínima requerida para que dos seres humanos se comuniquen con cierta eficacia, y estando tan cercanos (ambos ya en una mesa al fondo de la cantina, próxima a los baños, con las nalgas al filo de sus sillas y sus cuerpos proyectados hacia delante y los brazos cruzados sobre la mesa cuya tabla estaba cubierta del agua de cubitos de hielo y de coca y ron derramados) ya no se escuchaban, ya no se veían (porque ambos tenían la mirada clavada en el paisaje lacustre de la mesa) y, cada loco con su tema, Pepe hablaba, obsesivamente, del ángel que tuvo que empeñar sus alas, y Javier de una entrevista que le había hecho a Arnoldo Martínez Verdugo⁷ y que había extraviado en un reventón. Hablaron, hablaron mucho sin prestarse atención el uno al otro, hasta que poco a poco se fueron quedando callados, porque en la consola de la cantina comenzó a sonar “In a gadda da vida”, la obra maestra de Iron Butterfly.

XXXVI

Una cortina de calor y polvo fue el marco serrano en que el Güero cayó en una emboscada puesta por los soldados. Cuando eso sucedió, la colonia Rubén Jaramillo ya no existía. El Ejército la había tomado sin encontrar resistencia —los colonos y sus dirigentes siguieron al pie de la letra el plan trazado por el Güero—, así que el desmantelamiento de la colonia se realizó sin derramamiento de sangre. Al siguiente día de la llegada de los sardos, entraron unos *bulldozers*, prestados por una compañía constructora, propiedad mayoritaria del hijo del gobernador, que en cuestión de minutos echaron abajo las casuchas de cartón, adobe, bajareque y láminas metálicas. La colonia casi en pleno —algunos campesinos decidieron volverse con sus familias, a su lugar de origen— se trasladó a la plaza de armas de Cuernavaca y así, tal como lo había previsto el Güero, el conflicto se convirtió en un problema político que logró la atención de la opinión pública nacional y el gobierno estatal se vio obligado a negociar con los colonos. Intervinieron autoridades federales —el gobierno de Morelos cedió las tierras— y se dieron créditos para construir viviendas de interés social y organizar una cooperativa de producción de soya. En poco tiempo el PRI, partido de Estado en aquellos años, tomó las riendas del proceso: corrompió líderes, expulsó a los más radicales e incorruptibles y cometi

⁷ Histórico dirigente comunista. Unificador y democratizador de la izquierda en México.

tipo de tropelías, tranzas, chanchullos, atropellos e indignidades muy a su estilo, a su sazón, a su sabor, fiel a su tradición histórica. En la emboscada en la sierra, el Güero fue asesinado junto con otros miembros del Comité de Lucha, y los que no, fueron detenidos y trasladados al Campo Militar número Uno.

Historia infame (5)

Estaría vacío a no ser por un bulto que más que verse se adivinaba en medio del cuarto en penumbras. Era algo con vida lo que estaba ahí, pues se apreciaban lentos y dificultosos movimientos. Se escuchaban quejidos apagados y voces doloridas. Las voces de Rey y el Chibabá:

—Rey, Rey, ¿qué fue lo que pasó?

—Nos partieron la madre, Chibabá. Ya valimos verga.

—No me digas eso, cabrón.

—Pues ve nomás cómo nos madrearon.

—Pero, ¿qué pasó? No me acuerdo bien. Como si hubiera ocurrido hace mil años. Y no siento mi cuerpo.

—Es por lo que nos inyectaron, Chibabá.

—¿Nos inyectaron? ¿Qué nos inyectaron, Rey?

—Cómo putas voy a saberlo. Droga o mierda, ¿qué más da? Igual ya valimos madre.

—Ya no digas eso, pinche Rey. Me pones nervioso.

Y repentinamente Chibabá se calló. Y luego se puso a gimotear quedito. Y Rey aprovechó para pensar que si de veras valían madre ya nunca más iba a pintarle a Maricela las uñas de los pies para después chaqueteársela, a todísima *idem*, fantaseando con esos pies que él veía como un dechado de perfección, o bien, restregándose la verga con las calcetas —mejor si estaban recién usadas— de su hermana.

Chibabá volvió a hablar:

—¿Dónde estamos? ¿Dónde estás, Rey? Oigo tu voz, pero no sé dónde estás.

—Cómo puede ser, Chibabá. Todavía estás muy drogado. ¿Dónde oyes mi voz?

—La oigo como si cayera del cielo.

—Ora sí que no me hagas reír porque me duele. Estamos atados el uno al otro, espalda con espalda, Chibabá. Me voy a menear para que me sientas.

Rey se movió, restregando su cabeza y su espalda en la cabeza y la espalda del Chibabá.

—¿Me sientes?

—Sí, mi Rey. Muévete más, que se siente rico.

—Muévete tú también.

Se menearon rítmicamente y sus respiraciones se aceleraron hasta convertirse en un discreto jadeo. De pronto Chibabá rompió en llanto. No un llanto escandaloso, sino un manar y escurrir de lágrimas calientes, reiterativas, moadoras.

—¿Por qué lloras? —preguntó Rey.

—Me pone muy triste estar así. Madreado, desnudo y casi cogiendo con mi mejor amigo.

—No digas pendejadas, Chibabá. No mames.

—No sabes cómo me gustaría podértela mamar. No estaríamos en esta situación de mierda.

—Ya no digas tantas pendejadas.

—Óyeme, pinche Rey, porque va en serio. Le prometo a la virgencita que si salimos de ésta, te beso los güevos y te chupo el pito hasta que te vengas.

—Falta que me deje. Eres bien puto, carnal.

De pronto se escucharon voces y pasos que se acercaban.

Se oyó el chirrido de una puerta al abrirse. Entró un haz de luz que iluminó una fracción de segundo los cuerpos atados de Rey y el Chibabá. Alguien encendió un foco que colgaba del cielo raso y el cuarto quedó plenamente iluminado: los aprendices de matones estaban desnudos, amarrados, con las piernas flexionadas, con huellas de golpes en el rostro y otras partes del cuerpo. Daban la impresión de ser un animal bicéfalo de cuatro patas. Un animal torturado. Estaban también cegados por la luz repentina, así que no vieron que Tamara y El Negro habían entrado al cuarto. Tampoco vieron la pistola que el Negro usó para matarlos. Tras las detonaciones amortiguadas por el silenciador que el Negro, previamente, había colocado a su arma, Tamara se apresuró a tapar los cuerpos con una sábana blanca. El asesino, con un gesto de extrañeza, preguntó:

—Pa qué los tapas, Tamara, nunca lo he entendido.

—No sé, se me hace bonito, como un ritual ¿no? Y además pa no ver la cara tan fea que les queda. Estos chavales me caían bien —respondió Tamara, compungida.

—Tas reloca.

—¡Caray, Negro! De veras que les había agarrado cariño a estos chavales.

—Ni modo, Tamarita, pero la cagaron regacho. Si tanto te duelen, rézales su novenario.

—Lo dirás de chía, pero sí, por diosito santo que les voy a rezar su novena.

—Me invitas, Tamarita, digo, si puedes.

—¡Ay, Negro, estás bien raro! Tamarita por aquí, Tamarita por allá, ¿desde cuándo tan cariñoso? Si hay días que me tratas a puras mentadas.

—Ya nunca será así, Tamarita, te lo juro.

Tamara y El Negro salieron de la habitación y sólo quedó en ella la sábana, que poco a poco se fue tiñendo de rojo, que cubría los cuerpos de Rey y el Chibabá. De pronto se oyeron unos quejidos apagados, la sábana se convulsionó unos segundos y después todo quedó en calma y en silencio. Silencio que se vio interrumpido por otra detonación. Apagada. Lejana.

Historia infame (6)

*Mediodía. Esquina de Alhambra y Víctor Hugo. Los teporo-
chos y doña Jovita (la amiga de la mamá de Pepe), sentados en
la banqueta, platican mientras beben de una botella que pasa
de mano en mano. Maricela entra a escena y se forma en la
cola de las tortillas.*

JOVITA: *(Señalando con su dedo índice a Maricela y hablando
con voz que delata su ebriedad).* ¡Esa niña, sí que debe estar
sufriendo! Era tan unida a su hermano. Tanto que ya en el
edificio se decían cosas...

TIBURCIO: ¿Qué cosas, pichoncito?

JOVITA: Majaderías, obscenidades, cochinas. Quesque la
niña le ponía con el hermano.

TEPOROCHO 1: Si mi hermana estuviera así de potable, yo
también pecaba.

TEPOROCHO 2: *(Cantando)* ¡Al toque de diana, me tiro a mi
hermana!
*(Maricela, que ha terminado de comprar tortillas, se acerca a
los teporochos).*

JOVITA: ¡Cállense, cabrones, que ai viene!

MARICELA: Buenas, doña Jovita. *(Dirigiéndose a los teporo-
chos)* Buenas.

TEPOROCHO 1: ¡Buenas las tenga su mercé!

TIBURCIO: (*Dándole un codazo al Teporocho 1 y hablándole por lo bajo*) No mames, ojete, que la niña tiene su pena. Su pena negra, como diría García Lorca.

JOVITA: ¡Ay, Mari, no sé qué decirte! ¿Cómo va todo?

MARICELA: Muy mal, doña Jovita. La verdad, la verdad, de la chingada.

JOVITA: ¡Ay, mijita! Pero siéntate con nosotros, digo, si no te da pena que te vean con esta runfla de pránganas.

MARICELA: No, doña, no me da pena.

TIBURCIO: ¡Eso! Eres un espíritu libre, Maricela... (*Maricela se sienta en la banquetta, entre los teporochos, al lado de doña Jovita*).

TIBURCIO: ...a ver si te atreves a ir más allá. Come aquí, con nosotros, los desheredados, las ladillas, la escoria...

JOVITA: (*Interrumpiendo*) No puede, Tiburcio; no ves que vino por las tortillas, de seguro la esperan sus jefes.

MARICELA: Sí, sí puedo doña. Mis papás no están. Fueron al Semefo a reconocer un cadáver que chance sea el de mi hermano.

JOVITA: ¡Ay, Dios no lo permita!

MARICELA: Al contrario doña Jovita, ojalá sea él y nos lo entreguen pa poder sepultarlo y que se acabe este desmadre.

JOVITA: ¿Hace cuánto que desapareció?

MARICELA: Con hoy, seis días doña, ¡seis días! (*Mientras Maricela y doña Jovita dialogan, los teporochos cuentan su dinero*).

TIBURCIO: (*Dirigiéndose a Maricela*) Tú pones las tortillas y nosotros las sardinas, una lata de chiles y los chescos. ¿Estamos?

MARICELA: Más puesta que un calcetín.

JOVITA: No friegues, Tiburcio, compren lo que sea y déjenos platicar en paz.

TIBURCIO: Ta bien, ta bien, nosotros vamos a mercar el refine. (*Los teporochos salen de escena*).

MARICELA: Todas las noches les hablan a mis papás pa decirles que mataron a mi hermano porque estaba metido en un lío muy gordo. Que primero los torturaron, porque no sólo fue él, sino también el menso del Chibabá, y luego les dieron matarile. Que si aparece el cuerpo se den por bien servidos, y lo entierren y dejen las cosas por la paz, que si tratan de investigar qué pasó, les va a ir como en feria.

JOVITA: ¡Ay, hijita! Cabrones muchachos, ¿qué andarían haciendo?

MARICELA: Sepa la bola, doña, pero seguro nada bueno. Mire, ya ni iban a la prepa y siempre andaban con dinero. A ver, ¿de dónde lo sacaban?

JOVITA: ¡Ay, mijita! Cabrones, cabrones y recabrones, pero qué caro lo pagaron.

MARICELA: Sí, doña. Imagínese a mi hermano torturado, tan flaco mi Rey, le ha de haber dolido un chorro. (*Maricela ya no se puede controlar y por primera vez la vemos llorar. Doña Jovita la consuela*).

JOVITA: No llores, Maricela. A la mejor fue pura tortura psicológica y ésa ni duele.

MARICELA: Entonces, ¿pa qué sirve?

JOVITA: Pues para desesperar y enloquecer a las gentes, tanto tanto que los pobres se quieren morir.

(Maricela ve con espanto a doña Jovita y llora con más ganas).

JOVITA: ¡Pero mira si seré pendeja!

OSCURO RÁPIDO

Anfiteatro. Vemos tres planchas con cadáveres cubiertos por sábanas blancas. Vemos también vitrinas con instrumental médico forense. Esta imagen se presenta sin cambio durante un minuto. Repentinamente el cadáver que yace en la plancha de en medio se incorpora hasta quedar sentado. Se trata de Rey. Vemos las huellas de los golpes en su rostro, que tiene ya un color verdoso, y el orificio de la bala que lo mató. Un líquido sanguinolento se escurre de las fosas nasales de Rey, que se limpia con la sábana.

CADÁVER DE REY: *(Dirigiéndose al público)* ¡Puaf, qué asco! Esto de estar muerto es una porquería. Huelo mal y me escurren líquidos horribles por los orificios del cuerpo.

(El cadáver se levanta y se acomoda la sábana a manera de túnica. Se asoma a una de las planchas).

CADÁVER: Es el cuerpo del Chibabá. ¡Pa su mecha, está más madreado que yo!

(Camina hacia la otra plancha y también se asoma).

CADÁVER: *(Con gran asombro)* ¡Putá su madre! ¡Es Tamara! Tal parece que a ella le cobraron también nuestra estupidez. Pobre Tamara, tan cruel, tan buena onda con nosotros y tan puta.

(El cadáver camina hasta el proscenio. En una pantalla ubicada en un extremo del escenario se ven tomas de un mitin o una reunión sindical interrumpida por golpeadores y pistoleros. Dos jóvenes —Rey y el Chibabá— se lían a golpes con un hombre maduro, pero aún fuerte. La escena debe corresponder a la narración del cadáver de Rey.

CADÁVER: *(Enfático)*: El Chibabá tuvo la culpa. ¡Lo mató! Mató de un tiro en la cabeza a quien sólo teníamos que madrear. Y es que el tipo nos salió respondón y correoso. Un líder ferrocarrilero que contestó golpe por golpe y tomó con sus manazas el cuello del Chibabá, ¡y lo estaba ahorcando! De pronto sonó la detonación y comenzó un barullo infernal. Aquello era un relajó. Gritos y carreras por todos lados y yo jalando al Chibabá para huir lo más pronto posible. Y el Chibabá sin saber qué hacer en medio del desmadre. Y yo le gritaba: “¡Cómo eres pendejo, Ramiro, cómo eres pendejo! ¡Esto ya chingó a su madre!”.

(OSCURO sobre las últimas frases del Cadáver de Rey).

(Mientras el público abandona el teatro se escucha “Palabras”, interpretada por Jhony Dínamo y Los Leo).

XXXVII

Sin embargo, esa alcoholizada tarde (que se hizo noche) de despedida entre él y Javier, Pepe comprendió que este mundo es fetichista. Javier le endilgó un discurso muy loco y muy cuerdo —tal vez ya hacían efecto los cien gammas de LSD que habían mezclado con sus primeras cubas— en que le dijo que dios y dios son cuatro y cuatro y dios son seis y seis y dios son ocho y ocho dios y seis y le habló también de las barbas, los pelos largos y los morrales de sus amigos mutuos revolucionarios calificándolos de fetiches; los vestidos talares y los pies descalzos de Karana y Padmini, fetiches; las alas plateadas del niño difunto, fetiches; las piedras, las iglesias, los rosarios y los malas, fetiches, y aun Jesucristo en la Cruz, el Gran Fetiche de los cristianos. ¿Y de él, suyo propio —le preguntó Javier— cuál era su Gran Fetiche? ¿Su Gran Fetiche —se cuestionó Pepe en silencio— era acaso este sueño en que caía en caída libre al fondo de un abismo cuya sima se colmaba de grandes y afilados pedazos de cristal en los que sin remisión alguna se clavaría para morir? ¿O su Gran Fetiche era la injerencia de la magia en su vida cotidiana por medio de esa presencia onírica —la Enfermera Celeste— en este mundo inmundo de hombres destrozados, en este asilo de alienados en que hemos convertido el planeta? El ácido lisérgico hacía su efecto
 //////////////////////////////////////
 //////////////////////////////////////

////////////////////////////////////

:Septiembre, Karana, me suena a serpiente sin tu voz de ronca plata tarareando un blues de Sonny Boy. Manejo por la autopista y en el parabrisas veo el reflejo de nuestros rostros demolidos. Septiembre será para mí el mes más cruel. Pienso en nuestro departamento, con las persianas para siempre cerradas, en el que suena un jazz desesperado. Qué difícil explicar todo esto. Es mejor un cuchillo en mi garganta, o en la tuya. El crepúsculo encuentra a mi mano obsesionada con recuerdos de felicidades pasadas, con la sensación de estar posada sobre tu cuerpo o sobre la última cresta del mar; es decir, otra vez sobre tu cuerpo. He recorrido ya varios kilómetros y mi mano ebria o extremadamente lúcida te coge de la garganta, aprieta con más fuerza, hunde el cuchillo. La presión sólo cede cuando nos vemos entrar, después de una curva, a una llanura neblinosa manchada con blancos copos que deben de ser nubes. ¡El silbido del aire se nos vuelve fantasma! De pronto una cuchillada roja en el cielo, de la que chorrea agua helada, agua metálica vibrando en mi cráneo, en mis oídos, en el paisaje estelar de la noche. Un caballo de crines doradas removiendo piedras y polvo, lanzando agua helada por sus belfos, relincha al lado de la carretera
 //////////////////////////////////////
 //////////////////////////////////////
 //////////////////////////////////////

:Tienes el vientre abierto por una cuchillada, pero ya no estás en el auto, sino tirada en la sala del departamento. Enciendo la luz de la cocina y tras las tazas, entre los platos con restos de comida, entre olores diversos, bichos extraños, con sus antenas vibrantes huyen en formación. Me asomo por el

ventanal para ver cómo te matan entre los árboles que se bambolean bajo la esférica plata lunar. Qué quietud arriba mío, en el cielo raso, donde tus zuecos blancos, Karana-Enfermera Celeste, caminan cinco lentas calles hacia la muerte. Marco el número equivocado con la certeza de que habré de escuchar tu voz. Me asomo por la ventanilla para gozar del aire fresco que viene del río
 //////////////////////////////////////
 //////////////////////////////////////
 //////////////////////////////////////

:Seis parejas bailan en la grama mientras tú y yo agonizamos con sendas heridas que manan agua helada. Agua metálica vibrando en mi cráneo, en mis oídos, en el paisaje estelar. Como flores encarnadas, grandes y carnosas que cuando empiezan a marchitarse se desprenden del tallo, así cayeron nuestras cabezas. Y mientras las yerbas y los árboles duermen bajo el viento de la noche, nuestras ensangrentadas cabezas se menean. Liberada por fin del mundo de la forma, sonríes y te echas a mi lado. A mi lado por siempre
 //////////////////////////////////////
 //////////////////////////////////////
 //////////////////////////////////////

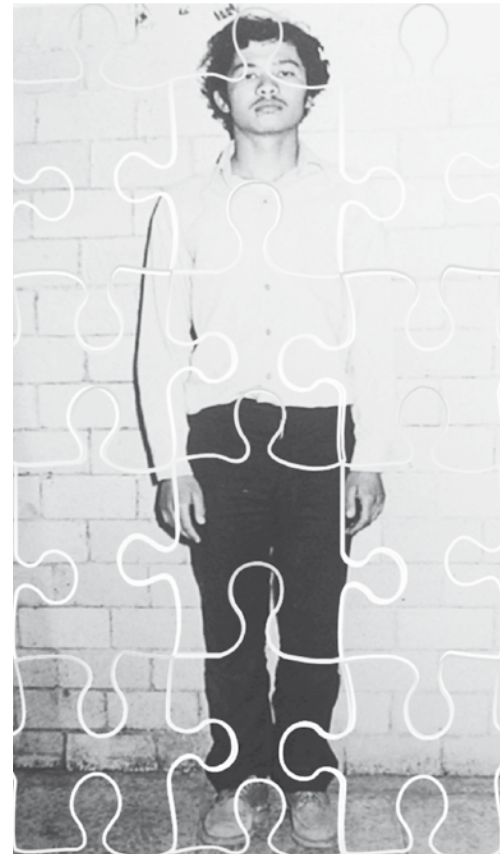
:Iba en silencio hacia la playa en que el mar ha depositado el lamento de todos sus ahogados. En esa playa hay vientos melancólicos, opresivos, tiránicos. Todas las cosas vibran, desde las más altas hasta las más bajas, todas vibran, y cuando la vio andar descalza por entre las tumbas que las mareas altas zarandeaban cada noche, danzando bajo los rayos lunares entre esos túmulos carcomidos por las sales y el yodo marinos, arremolinando con sus pies de ámbar la arena fina y casi blanca como polvo de estrellas, sintió que

en verdad todo él vibraba como nunca lo había hecho. Enfermera Celeste-Karana iba vestida de negro, con un vestido largo, satinado y tan satinado y tan negro que tenía, como un vino aterciopelado, reflejos rojizos bajo el claro de luna; paseaba con sus pasos desnudos y llevaba las uñas de las manos y de los pies —uñas que habitualmente tenían el color del verano— pintadas de negro, y danzaba y cantaba con una voz hecha con todos y cada uno de los átomos de su cuerpo. Voz de plata lunar. Voz operática. Voz curvándose en las colinas del oído de su onírico amador:

Bruna, bruna nació María
 y está en su cuna,
 nació de día,
 tendrá fortuna.
 Bordará la mar
 su vestido blanco
 y entrará en la fiesta
 con su traje largo...

Cantaba bajo la luminiscencia lunar que le hacía parecer una verdadera Princesa Oscura. Esa noche se amaron en cámara lenta, como el poeta que él era (hipnotizado, en trance irremediable) y la musa (belleza que posee luz propia) que era ella. Esa noche, frente al mar, escucharon, lejanísimas, las viejas canciones que entonaban los muertos desde sus maltratadas sepulturas. Y en el instante del clímax, cuando sintió su cuerpo traspasado por los puntiagudos trozos de cristal, ella colocó sobre el pecho desnudo de su amador un corazón de hojalata.

Y de esa época, me queda esta fotografía.



El autor en el sótano de la explanada de Tlaxcoaque, donde había una prisión clandestina de la Dirección Federal de Seguridad, febrero de 1972. La foto fue tomada después del primer "interrogatorio", y se tuvo acceso a ella luego de que se abrieran los archivos de la DFS y la Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales, ya extintas afortunadamente, y que revelaran 80 millones de fichas en 2002.

Contenido

I.....	11
II.....	12
III.....	13
IV.....	17
V.....	20
VI.....	22
VII.....	24
Historia infame (1).....	29
VIII.....	33
IX.....	35
X.....	36
XI.....	38
XII.....	41
Salón Palacio.....	45
Historia infame (2).....	46
XIII.....	48
XIV.....	50
XV.....	54
XVI.....	55
XVII.....	57
XVIII.....	59
XIX.....	60
XX.....	62
XXI.....	70
XXII.....	75
XXIII.....	78

XXIV	81
XXV	84
XXVI	88
XXVII.....	90
Historia infame (3)	94
XXVIII.....	98
XXIX	101
XXX	105
XXXI	109
Historia infame (4)	112
XXXII.....	117
XXXIII.....	119
XXXIV	121
XXXV.....	126
XXXVI.....	129
Historia infame (5)	131
Historia infame (6)	135
XXXVII	140

- La edición estuvo a cargo de la Dirección de Publicaciones del CONECULTA-Chiapas y la impresión fue auspiciada por el CONACULTA, gracias a los subsidios para instituciones estatales de cultura del Presupuesto de Egresos de la Federación.

Corrección de estilo / Liliana Velásquez Gómez

Diseño / Mónica Trujillo Ley

Formación electrónica / Mario Alberto Palacios Álvarez

- *Fragmentaciones*
se terminó de imprimir en julio de 2015 en Talleres Gráficos de Chiapas, en la ciudad de Tuxtla Gutiérrez.
Los interiores se tiraron sobre papel cultural de 90 kg y la portada sobre cartulina couché de 169 kg. En su composición tipográfica se utilizó la familia Horley Old Style MT.
Se imprimieron mil ejemplares.

